

BEATO COLUMBA MARMIÓN, OSB

Sponsa Verbi

La virgen consagrada al Señor

Fundación GRATIS DATE

Pamplona, 2017

Texto tomado de Editorial DIFUSIÓN, Tucumán 1859 – Buenos Aires, 1945.

Índice

- I.–La vocación a la dignidad de esposa del Señor.
- II.–La naturaleza humana en Cristo, esposa del Verbo.
- III.–Relictis omnibus - Dejándolo todo.
- IV.–Unirse al Verbo con todas las fuerzas.
- V.–Vivir para el Verbo, sujetarse al reino del Verbo.
- VI.–Medios de unión concedidos a la esposa.
- VII.–Maravillosa fecundidad de la esposa del Verbo.

Bto. Dom Columba Marmion, OSB.

Vida

José Marmion nace en Dublín, Irlanda (1858), de padre irlandés y madre francesa, en una familia muy cristiana. Al terminar los estudios secundarios (Belveder College, SJ), ingresa en el seminario diocesano de Clonliffe, cerca de Dublín. Su Obispo, conociendo sus virtudes y cualidades, lo envía a Roma, donde termina sus estudios teológicos y es ordenado sacerdote en el Colegio Irlandés (1881). En su estancia romana conoce el monasterio de Montecasino, y por primera vez siente la llamada a la vida monástica benedictina. Vuelto a su diócesis irlandesa, ejercita la vida pastoral y enseña en el Seminario donde se formó.

En 1886, autorizado por su Arzobispo, ingresa en el monasterio benedictino de Maredsous, en Bélgica, pues por entonces no había benedictinos en Irlanda. Adopta el nombre religioso de Columba, en honor del monje evangelizador de Irlanda. Pronto es apreciado por su fidelidad religiosa, su ciencia teológica y espiritual, y por sus cualidades de predicador y conferenciante en Bélgica, Irlanda, Inglaterra y Francia. En 1909 fue elegido tercer abad de Maredsous, teniendo a su cargo una comunidad de un centenar de monjes, dos escuelas y la publicación de la Revue Bénédictine.

En 1899 participa en la fundación de la Abadía de Mont César, en Lovaina, Bélgica. Amigo del cardenal Mercier, sacerdote católico, rector de la Universidad de Lovaina, en Bélgica, renovador del tomismo filosófico y teológico, da Marmion a su doctrina espiritual una fundamentación tomista. Su enseñanza espiritual, alta y profunda, concisa y clara, se apoya fundamentalmente en Escritura y Liturgia, Magisterio y tomismo.

Obras

Buena parte de la doctrina espiritual del Bto. Marmion se ha conservado gracias a su secretario, Dom Raymond Thibaut. Sus obras principales son Cristo, vida del alma; Cristo en sus misterios; Cristo, ideal del sacerdote; Cristo, ideal del monje. Entre sus otras obras menores puede citarse Sponsa Verbi, que reúne predicaciones suyas a religiosas; así como cerca de 1700 cartas.

Beatificación

Muere en 1923. Los procesos diocesanos para su beatificación terminan en Namur (1957) y en Maredsous (1961). El papa Juan Pablo II declara sus virtudes heroicas en 1999, y él mismo lo beatifica el 3 de septiembre del año 2000. En esa ocasión declara el Papa:

«Dom Marmion nos legó un auténtico tesoro de doctrina espiritual para la Iglesia de nuestro tiempo. En sus escritos enseña un camino de santidad, sencillo pero exigente, para todos los fieles, a quienes Dios ha destinado por amor a ser sus hijos adoptivos en Cristo Jesús [Ef 1,5]. Jesucristo, nuestro Redentor y fuente de toda gracia, es el centro de nuestra vida espiritual, nuestro modelo de santidad».

I. -La vocación a la dignidad de esposa del Señor

El alma a Dios consagrada es invitada por el Verbo a la dignidad de esposa suya. –Esta doctrina halla su fundamento en la Sagrada Escritura y en la Liturgia. –Y la extraordinaria realidad que revela tiene su fuente en el amor de Dios. –En qué términos traza San Bernardo el retrato del alma, esposa del Verbo.

El mayor don que Dios puede hacer a la criatura humana es la gracia de la adopción sobrenatural en Jesucristo, Verbo encarnado. El Ser supremo, infinitamente perfecto, que no depende de nada ni de nadie, deja desbordar su inconmensurable Amor sobre la criatura, para elevarla hasta la participación de su Vida y de su Felicidad. Tal don excede las exigencias y sobrepuja las fuerzas de la naturaleza, y constituye al hombre en verdadero hijo del Padre celestial, en hermano de Jesucristo y templo del Espíritu Santo. Sin embargo, hay entre Dios y el alma consagrada al Señor, una relación más íntima y, en cierto modo, más honda y trascendental que la que resulta de la condición de hijo: el alma es invitada por el Verbo a la dignidad de esposa suya.

Jesucristo mismo compara más de una vez el Reino de Dios a un banquete nupcial (Mt. 22,1ss; 25,1ss; Lc. 14,16ss); Dios en su Verbo y por su Verbo, invita a las almas al festín de la divina unión. En todo festín hállanse personas de categoría muy diversa.

En primer término, están los servidores. Estos, demostrando el mayor respeto al dueño de la casa, no están nunca quietos, andan de un lado para otro, dispuestos siempre a ejecutar cualquier indicación que reciban; en correspondencia, el dueño les abona el salario convenido y, si cumplen bien su cometido, son apreciados y gratificados; nunca, sin embargo, pueden aspirar a compartir la mesa, ni a ser admitidos en la intimidad, ni a que les sean revelados los secretos de la casa. Ellos representan exactamente a los cristianos que dirigen habitualmente sus acciones movidos del temor servil; tratan con Dios cual, si fuese un gran Señor, un mayordomo, a quien más de una vez, como el siervo del Evangelio, hallan «harto duro» (Mt 25,24); no hacen sino lo que estrictamente tienen el deber de hacer, y aun por el temor al castigo: Estas almas, que viven «en el temor, en espíritu de servidumbre», *Spíritus servitutis in timore* (cf. Rom. 8,15), no pueden gozar en verdad, de la intimidad de Dios.

Siguen a éstos, los convidados, los amigos. Y adviértase de paso que hay grados en esta misma amistad. El Rey los ha invitado a su mesa, les habla con la mayor cordialidad y comparte con ellos el pan y el vino. Son la figura de los cristianos que, si bien aman a Dios, no le dan todo cuanto pudiera exigirse de ellos; mientras están en la presencia del Rey, gozan de su favor; frecuentemente, sin embargo, lo dejan para cuidar de sus propios intereses. Diríase que la amistad de éstos es una amistad intermitente.

Despedidos o ausentes los amigos, quedan solamente los hijos. Estos integran la familia, están en el hogar que es donde viven. Por el mero hecho de llevar el apellido del padre, son quienes han de heredar sus bienes; han dedicado la vida a honrar, obedecer y amar a su padre; recibirán en premio

un intercambio de confianzas que ignoran totalmente los simples amigos. Son la representación de las almas fieles que viven y actúan como hijos de Dios, y realizan perfectamente las palabras de San Pablo: «Sabed que ya no sois huéspedes y advenedizos, sino conciudadanos de los Santos y familiares de Dios» Jam non estis hospites et advenae, sed etis cives sanctorum et domestici Dei (Ef 2,19)*. Se complacen en ejercitar las virtudes de fe, esperanza y caridad, características del estado de hijos de Dios, cuya aplicación lleva paulatinamente al más completo abandono a la voluntad y deseos del Padre celestial. «Aquellos que se rigen por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios»: Quicumque Spíritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei (Rom 8,14). A estas almas de hijos, Dios se da como el Bien Supremo que colma todos sus anhelos.

* Toda alma que vive en estado de gracia es sin duda alguna hija de Dios; pero son muchos los cristianos que no comprenden esta divina realidad o no procuran conocerla. Viven y actúan cual si no fuesen más que siervos o amigos.

Está, por último, la esposa. Para ella no tiene secretos el esposo, por el contrario, le prodiga el amor más tierno e íntimo, resultando imposible una unión más perfecta que ésta. En efecto, la unión entre esposos supera la que existe entre padres e hijos; los esposos, ha dicho Nuestro Señor, «abandonarán padre y madre para unirse mutuamente»: Dimittet homo patrem et matrem, et adhaerebit uxori suae (Mt 19,5). Ninguna otra unión supera a ésta en intimidad, en ternura y en fecundidad.

Es este último el género de unión que el Verbo encarnado invita a contraer con Él a las almas que le están consagradas mediante los votos del estado religioso.*

* «Por muy extrañas que estas expresiones de esposo, esposa, bodas y matrimonio puedan parecer a hombres aun groseros y carnales, desprovistos del sentido de las cosas espirituales y que ignoran el lenguaje del amor divino, se hace de ellas en nuestros Libros Sagrados un uso tan frecuente y atrevido, y son tan inseparables del dogma y de la Iglesia Católica, que no pueden pasarse en silencio ni suprimirse sin mutilar profundamente la misma religión cristiana» (Mons. Farges, Los fenómenos místicos).

Preveo vuestra objeción: ¿Acaso no es ya en cierto modo esposa del Verbo toda alma bautizada? Ciertamente que sí, pues no sólo a las vírgenes, sino también a todos los fieles de la iglesia de Corinto se dirigía San Pablo al decir: «He unido cada una de vuestras almas como una virgen casta al único esposo que es Cristo»: Despondi enim vos uni viro virginem castam exhibere Christo (2Cor 2,2). En efecto, por el bautismo el alma renuncia libremente* a Satanás, a sus pompas y a sus obras, al mundo y a sus máximas, para unirse a Jesucristo y consagrarse a su servicio. La gracia del Espíritu de amor la entrega a Dios, la hace digna de los favores del celestial Esposo, y le da derecho a aspirar los inmensos goces del Reino Eterno que Nuestro Señor mismo ha comparado a los de un festín nupcial. ¡Tan santa y santificante es ya esta unión del alma bautizada con Cristo!

* Mejor dicho, son sus padrinos quienes renuncian en nombre del bautizado, en la esperanza de que más tarde ratificará él la renuncia espontánea y deliberadamente

A pesar de ello, es mucho más íntima la unión y con más brillo resplandece la cualidad de esposa en las almas consagradas a Dios por los votos religiosos. A ellas se aplica con toda verdad el título de esposa del Verbo, ya que en ellas se realiza con toda plenitud esta sublime condición. La unión que, por su profunda intimidad, imita, aunque de manera completamente espiritual, la que existe entre el esposo y la esposa, ¿no constituye acaso, el grado supremo de la perfección religiosa? ¿No deben encaminarse a ella las finezas que Dios le ha prodigado, así como los esfuerzos generosos de toda alma cuidadosa de evitar los obstáculos y de emplear todos los medios que hacia Dios la encaminen? ¿No tendría que confesar el haber frustrado su vocación y no cumplir plenamente los designios de Dios, la virgen consagrada a Jesucristo que no tendiese con todas sus fuerzas a este dichoso estado de esposa suya?

En verdad, cuando el alma pondera la grandeza infinita de Dios y su santidad incomprensible, y considera asimismo su propia nada y miseria, un sentimiento de profundo estupor al verse objeto de un tan insigne privilegio, le hace exclamar: «¿No es acaso presunción y temeridad y hasta locura soñar con un título y aspirar a una condición que supera en mucho en cuanto puede desear el corazón humano? ¿Cómo puede ser esto posible? Quomodo fiet istud? (Lc. 1,34).

Realmente, sin la Revelación, jamás un pensamiento tan elevado hubiese podido nacer en el entendimiento creado. Mas he aquí que es el mismo Señor quien desea y procura esta unión mística; es Él quien la sugiere, y a ella invita al alma con palabras y obras.

El Antiguo Testamento, no obstante, las severidades que le han valido la denominación de ley del temor, ¿no prelude ya en las formas más exquisitas, las manifestaciones de ternura divinas que caracterizan la ley del amor? La Sabiduría divina manifiesta que «sus delicias son estar con los hijos de los hombres» (Prov. 8,31), expresión que no puede menos de asombrar, si se tiene en cuenta que ella rubrica las relaciones de la Sabiduría eterna con la humanidad y revela algo muy distinto de la simple benevolencia de amigo. El Salmista, ¿no ha celebrado asimismo con cantos desbordantes de lirismo la regia unión del esposo y la esposa? «Un noble canto ha brotado de mi corazón; mi obra se dirige a un Rey... Eres tú el más hermoso de los hijos de los hombres, puesto que la gracia está derramada sobre tus labios... Escucha, hija mía, mira y observa: olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre, y el rey quedará prendado de tu belleza...» (Ps 44,2-3;11-12).

Este versículo es utilizado por la Iglesia en el Pontifical de la consagración de las vírgenes). Y el Cantar de los Cantares, ¿qué otra cosa es sino un bello epitalamio compuesto por el Espíritu Santo para manifestar, bajo el símbolo del amor humano, la unión del Verbo con la Humanidad y la unión del Cristo con la Iglesia y las almas castas?

Pero es en el Evangelio donde la idea de la unión se manifiesta en toda su plenitud, encuentra su fundamento más seguro y reviste la forma más persuasiva. El Verbo encarnado, Verdad infalible, se nos da personalmente por esposo (Mt.9, 15; Jn. 3,29); delante de Él van las vírgenes destinadas a formar su corte de amor (Mt. 25,1-13). Oíd de los labios del Divino Esposo la invitación más tierna y extraordinaria que pueda hacer estremecer al corazón humano: «Venid a las bodas, porque todo está ya preparado»: Omnia parata, venite ad nuptias (Mt. 22,4).

San Pablo, heraldo por excelencia del misterio de Jesús, nos muestra asimismo a este Esposo «entregándose a la muerte, en un exceso de amor» para adornar Él mismo a la esposa con las más hermosas joyas, «hacerla así comparecer en su presencia lavada con su sangre preciosa, llena de gloria, sin mancha ni arruga ni imperfección alguna, sino santa e inmaculada» (Ef. 5,25-27)*, verdaderamente digna de las «bodas del Cordero», como cantará San Juan en su Apocalipsis (Ap. 19,7-8;21,2,9).

*Aunque el Apóstol se refiere a la Iglesia, el texto puede aplicarse en particular a cada una de las almas que Cristo une a sí en calidad de esposa mediante la consagración religiosa.

Bajo la inspiración del Espíritu Santo, la Iglesia en su liturgia ha prohiado este mismo pensamiento. En el oficio de las vírgenes, nos habla constantemente de esas relaciones íntimas entre el esposo y la esposa. En el oficio de Santa Inés pone en labios de la joven mártir estas palabras rebosantes de santo atrevimiento: «Mi amor es todo para Cristo, para ese Cristo que me introducirá en su tálamo nupcial»: Amo Christum in cujus thalamum introibo (Breviario Monástico. Responsorio III de Maitines). En la consagración de las vírgenes, el Obispo poniendo el anillo en el dedo de la elegida, hace de ella, en los términos más explícitos, «la esposa del Jesucristo, Hij o del Padre Eterno»: Desponso te Jesu Christo Filio summi Patris. Accipe ergo annulum fidei... ut sponsa Dei voceris... (Pontifical Romano, In benedictione et consecratione virginum).

Jamás admiraremos pues, suficientemente, la infinita majestad del Señor tres veces santo, así como tampoco debemos olvidar nunca que Cristo es el Soberano Maestro de todas las cosas. «Vosotros

me llamáis Maestro y Señor – decía Él a sus apóstoles – y hacéis bien, pues lo soy en verdad»: Vocatis me Magister et Domine, et benedicitis; sum etenim (Jn. 13,13). Pero este Maestro divino, este Señor ante el cual «tiemblan las angélicas potestades» tremunt potestates (Prefacio de la Misa), humíllase momentos después ante sus discípulos para lavarles los pies.

Llevado también del amor, desciende asimismo hasta las almas que se le consagran, y las eleva hasta la inefable condición de esposas suyas. Este exceso de amor provocará el más desconcertante asombro a la razón humana; para la fe, al contrario, será el motivo principal para transportar en alas de la exaltación: «Y nosotros hemos creído en este Amor que Dios nos prodiga»: Et nos cognovimus et credidimus charitatem, quam Deus habet nobis (1Jn. 4,16). Toda alma consagrada a Dios por los votos de religión es de tal manera llamada a esta condición de esposa del Verbo; éste será su título, y si es fiel al mismo, gozará de cuantos derechos le son anejos: se verá colmada de las muestras de ternura por parte del Divino Esposo, y esta unión será además fuente de una fecundidad admirable.

San Bernardo, el gran monje, se complacía en hablar a sus hermanos de hábito, en términos desbordantes de unción comunicativa, de esta extraordinaria unión que Cristo se digna contraer con las almas que le están consagradas; acostumbrado a estar constantemente en lo más recóndito de las «bodegas del Rey» (Cf. Ct. 2,4), gustaba de hacer partícipes a sus monjes, oyentes ansiosos de sus palabras, de las abundantes luces con que le inundaba la Sabiduría increada. Sabido es que su comentario del Cantar de los Cantares –que por desgracia nos ha llegado incompleto– lo forman una serie de ochenta y seis sermones pronunciados en la abadía de Claraval.

En uno de éstos, el grande Abad traza con precisión maravillosa el retrato del alma verdadera esposa de Jesucristo. He aquí un párrafo suyo que lo prueba: «Cuando veáis un alma que lo abandona todo para unirse con todas sus fuerzas al Verbo, vivir para Él, dejarse guiar por Él y concebir del Verbo lo que para el Verbo deberá dar a luz: un alma, en fin, que pueda decir con verdad: Mi vida es Cristo y morir por Él sería mi mayor galardón, no dudéis en reconocerla como esposa del Verbo»: Quam videris animam, relictis omnibus, Verbo votis omnibus adhaerere, Verbo vivere, Verbo se regere, de Verbo concipere quod pariat Verbo; quae possit dicere: mihi vivere Christus est et mori lucrum; puta conjugem, verboque maritatam (In Cantic, sermón 85,12).

En su comentario habla San Bernardo más de una vez de estados místicos propiamente dichos, de desposorios místicos, de matrimonio espiritual, de operaciones extraordinarias de la gracia y del amor divino, a las cuales llama el Señor a ciertas almas verdaderamente privilegiadas. Aunque nosotros no pensamos ocuparnos ahora de tales estados –a los cuales por otra parte nadie puede considerarse con derecho a aspirar por sí mismo– y no obstante que las frases transcritas del gran contemplativo encontrarían su máxima aplicación principalmente en las almas admitidas por el Verbo a vivir en las cumbres de las vías místicas, nos será lícito servirnos también de ellas para deducir los caracteres más importantes y los deberes esenciales del alma que se hace esposa de Jesucristo por la consagración del estado religioso.

Este bello pasaje del San Bernardo nos servirá de tema para el presente tratado. Lo comentaremos con satisfacción, en la persuasión de que nada responde mejor a los deseos del mismo Jesús. Por otra parte ¿cómo os compenetraréis bien de los deberes relativos a vuestro estado, si no tenéis siempre a la vista la excelencia del mismo? No hay duda de que, al observar la grandeza de vuestra dignidad, se inflamará vuestro corazón de amor generoso hacia Aquel que, sin mérito ninguno de vuestra parte, a ella os ha predestinado.

Procuraré, pues, explicaros en primer término cómo la misma santa Humanidad de Cristo es la esposa del Verbo; en ella hallaremos efectivamente el más admirable modelo de la unión íntima que el alma contrae con Cristo. Os explicaré después, también conforme al texto del santo doctor, las cualidades indispensables de dicha unión; los muchos medios de que disponemos para sostenerla, y los frutos admirables de que la misma podemos prometernos.

Dígnese la Virgen Inmaculada, cuya fecunda virginidad engendró al Rey de los reyes, ayudarnos en la tarea que vamos a emprender.

II. -La naturaleza humana en Cristo, esposa del Verbo

En Cristo la naturaleza humana realiza perfectamente las características por las cuales San Bernardo reconoce a la esposa del Verbo. –La naturaleza humana en Jesús no tiene personalidad propia. –Está totalmente entregada al Verbo. –No vive sino para Él. –De Él depende en absoluto. –Fecundidad admirable de esta divina unión. –Esta unión es el modelo de la del alma con el Verbo.

Ven los Padres de la Iglesia, en el Cantar de los Cantares, el símbolo de la inexplicable unión que existe en Jesús, entre el Verbo y la naturaleza humana.

El Verbo, Sabiduría eterna, es el Esposo; Él mismo se elige una esposa: la naturaleza humana. El virginal e inmaculado seno de María es el tálamo nupcial donde se realiza esta maravillosa unión, tan maravillosa y elevada, que no admite otro autor que el mismo Espíritu Santo, tan íntima que está sellada por el Amor substancial.

Si consideramos la santidad humana en esta condición de unión con el Verbo, veremos que realiza admirablemente y con una plenitud eminente las características por las cuales quiere San Bernardo que sea reconocida la esposa del Verbo.

Cabe manifestar que la naturaleza humana en Jesús es completamente despojada de sí misma, desligada de toda criatura: *relictis omnibus*. Sabemos con certeza que es auténticamente humana, que pertenece completamente a nuestra raza; Jesús es «hombre perfecto» como es «Dios perfecto»: *Perfectus Deus, perfectus homo* (Símbolo atribuido a San Atanasio). La naturaleza humana en Jesucristo es integral: alma inmortal unida a un cuerpo de carne, con sus facultades, sentidos y potencias. «Excepto en el pecado, en todo lo demás Cristo es semejante a los hombres sus hermanos»: *Debuit per omnia fratribus similari... absque peccato* (Hb. 2,17;4,15).

Sin embargo, esta humanidad no posee nada propio; se pertenece tan poco que ni siquiera goza de personalidad; hasta se encuentra desprovista de lo que en nosotros constituye el centro más íntimo de esta plenitud de autonomía que forma el yo y es como el complemento de la naturaleza racional individual. En verdad hay en Jesús dos naturalezas, pero una sola persona, la persona divina del Verbo, que reemplaza eminentemente la personalidad humana y la suple. ¿Dónde buscar y hallar, para una naturaleza humana un desprendimiento tan absoluto? *Relictis omnibus*.

Así pues, no teniendo nada de propio ni perteneciéndose a sí misma; la naturaleza humana de Jesús «se adhiere al Verbo con todas sus potencias» *Verbo votis omnibus adhaerere*. El lazo que los une no puede explicarse; fuera del abrazo inefable que une a las Tres Divinas Personas en la unidad esencial de su naturaleza, no existe unión más íntima, ni abrazo más estrecho que éste. La santa humanidad es realmente una sola cosa con el Verbo; por eso todo es común entre ellos: las acciones propias de la naturaleza humana participan de la única y substancial belleza que resplandece en las obras de la eterna Sabiduría, y adquieren ese valor trascendental e infinito inherente a las obras del mismo Dios. Tan una sola cosa es con el Verbo, que por Él debemos adorarla como divina.

Unión indisoluble que, una vez realizada, permanece eternamente; la muerte misma no ha sido capaz de quebrantarla, y ahora, y en toda la eternidad, los elegidos contemplan, admiran, cantan y adoran la Humanidad unida al Verbo.

¡Cuán absoluta es la posesión de esta humanidad por el Verbo! Mas también ¡cuán plena es la donación de sí misma realizada por la naturaleza humana y en sus actos libres, qué exaltación de amor hacia el Verbo! Entre ella y el Verbo existe la más perfecta y constante comunicación de ideas, de sentimientos, de voluntad y de acción. Toda su vida, toda su actividad, lo mismo que su ser de naturaleza, están consagrados a la gloria del Verbo, «viven por el Verbo», Verbo vivere. Si recibe del Verbo la vida y sus dones más sublimes, en cambio le hace total entrega de sí misma y de sus acciones. Lo que Cristo dice de su vida de Verbo para con el Padre, la santa Humanidad puede decirlo, con la proporción debida, de su vida para con el Verbo: «Mi doctrina no es mía», (Jn. 7, 16) sino de aquel que está unido a mí; «Yo no juzgo por mí mismo, sino según los juicios de quien me posee en sí mismo...; obro como le veo obrar...» (Jn 5, 19.30).

Es asimismo un instrumento en las manos de Dios, pero un instrumento de una perfección y docilidad admirables; ella es «regida por Él»: Verbo se regere.

No teniendo personalidad propia en el modo de ser, tampoco la posee en cuanto al dominio de la actividad. «El Verbo preside todo, todo está bajo su mano... No es que el Verbo se ha rebajado, es que el hombre (la naturaleza humana) ha sido elevado; inmutable e inalterable, domina en todo y por todo a la naturaleza que le está unida. De ahí que, en Jesucristo, el hombre, sometido en absoluto a la dirección del Verbo que lo eleva hasta sí, no tiene más que pensamientos y acciones divinos. Todo cuanto piensa, todo cuanto quiere, todo cuanto dice, todo cuanto oculta en su interior, todo cuanto manifiesta al exterior, está animado por el Verbo y es por consiguiente digno del Verbo...» (Bossuet, Discurso sobre la Historia Universal, parte 2ª, Cap. XIX: Jesucristo y su doctrina).

La santa humanidad es para el Verbo el canal de sus gracias; por ella se manifiesta a los hombres, les revela sus divinos secretos y derrama en sus almas las palabras de la sabiduría, y por ella manifiesta la Bondad eterna y el indefectible Amor.

No poseyendo nada que le sea propio, toda su riqueza consiste en entregarse al Verbo, para que éste pueda vivir aquí abajo en cuanto hombre, en brindarle todo cuanto pueda contribuir a inflamar y atraer los corazones y a conquistar su Reino. Es así como vive sólo para la gloria del Verbo, que se entrega completamente a Él con dependencia absoluta, pero llena de amor, hasta la muerte. Pues por ella, sobre todo, posee el Verbo lo que no se encuentra ni puede encontrarse en su divina opulencia: el poder sufrir, expiar y morir por los hombres.

¡Qué bien pudo decir la Humanidad al Verbo en el primer instante de unirse a Él: «Tú eres para mí un esposo de sangre»! Sponsus sanguinum tu mihi es (Ex 4,25). Entregada a Él para ejercitar con Él y en Él todo cuanto es voluntad del Padre, no ha cesado durante toda su existencia en el mundo de tender hacia ese «bautismo de sangre» (Lc 12,50), que debía consumir la fecundidad maravillosa e inagotable de esta inexplicable y trascendental unión.

Por la muerte la Humanidad ha «concebido del Verbo lo que ella para el Verbo debía dar a luz»; de Verbo concipere quod pariat Verbo. De la muerte surgió la vida; del corazón traspasado de Jesús ha brotado el río de agua viva que debe regocijar la ciudad de las almas después de haberlas engendrado para la gracia.

Fruto de esta unión consumada en el Calvario entre el Verbo y la naturaleza humana, es la Iglesia y la multitud de los elegidos; multitud que san Juan llama innumerable (Ap 7,9); elegidos que «han sido rescatados de entre todas las razas, pueblos, lenguas y naciones» (Ap 5,6) por la Sangre divina, para constituir el reino eterno, glorioso y resplandeciente del Esposo y de la Esposa.

¿Y quién ha sido el autor de esas obras admirables, sino el amor, el amor del Verbo por la humana naturaleza, el amor de la santa humanidad por el Verbo? La unión entrambos no se realiza sino por la acción del Espíritu Santo, que es Amor substancial; éste es quien los reúne en el seno de la Virgen que «concibe del Espíritu Santo». El Amor ha inaugurado esta unión; el Amor la ha

consagrado y sellado; el Amor la conserva; el Amor la realiza aún hoy día. Cristo, declara San Pablo, «se ha ofrecido como hostia inmaculada por el movimiento del Espíritu...» (Hb. 9,14).

A grandes rasgos, tal es el inefable misterio de las bodas divinas entre el Verbo y la naturaleza humana. Misterio que es a la vez el origen y el modelo de la unión del Verbo con las almas consagradas a Dios. Única por su carácter específico, la unión hipostática de la Encarnación resulta universal, por una extensión mística. Jesucristo, Dios y hombre, Verbo Encarnado, contrae con las almas, bien que, en diversidad de grados, esta unión en la cual es Él el esposo y el alma la esposa.

La condición de esta esposa es ciertamente inferior –y en cierto modo infinitamente inferior–* a la existente entre la naturaleza humana y el Verbo; a pesar de ello, es tan elevada y tan singularmente fecunda, que arrebatada y transporta las almas que gozan de ella.

* En Jesús, la unión del Verbo con la naturaleza humana es sustancial y personal, es la de dos naturalezas en la unidad de persona. En el alma, la unión con el Verbo es, por su naturaleza, accidental y moral, es decir, que la criatura humana conserva la personalidad en el dominio del ser; la unión con el Verbo se realiza en la actividad (conocimiento, amor y obras).

¡Oh Señor! si el Salmista ha podido proclamar que «honráis con exceso a vuestros amigos» (Ps 138,17), ¿qué alabanzas serán suficientes para celebrar la infinita condescendencia de vuestro amor hacia las almas que os dignáis llamar a la imitación de vuestra santa humanidad en calidad de esposas?

III. -Relictis omnibus. Dejándolo todo

El desprendimiento de toda criatura es condición indispensable para el alma que aspira a la dignidad de esposa del Verbo. –Una de las formas principales de este desprendimiento es la virginidad. –Constituye una gracia de elección. –Cuánto importa mantener intacta la virginidad de alma y de cuerpo. –Este desprendimiento se concilia perfectamente con el precepto de amar al prójimo. –Entraña una fuente de preciosas gracias.

La unión del Verbo con la naturaleza humana en Jesús es, al decir de San Pablo, imagen de la unión de Cristo con su Iglesia.

Por bello que sea este concepto, por útil que resulte para nuestros corazones tan piadosa contemplación, no nos detendremos sin embargo en ella. Por otra parte, la unión de Cristo con su Iglesia, como esposa, no se realiza de una manera particular y concreta si no es en las almas. A esta unión individual del alma con el Verbo encarnado, es a lo que nos vamos a referir de inmediato.

La primera condición que exige San Bernardo del alma que aspira a ser esposa del Verbo, es «el desasimiento de todas las cosas», plenamente deseado y realizado con la mira puesta en esta misma unión sobrenatural: Relictis omnibus.

Es la separación de todo aquello que divide, de todo aquello que puede constituir un obstáculo a la unión perfecta.

En la parábola de «las nupcias reales», Nuestro Señor mismo enumera los principales obstáculos que las almas suelen oponer a la invitación del Rey: «He comprado cinco pares de bueyes y voy a probarlos; dadme por excusado»: Joga boum emi quinque et eo probare illa, habe me excusatum. Es la absorbente preocupación de los negocios. «He comprado una casa de campo, y debo ir a verla»: Villam emi et necesse habeo exire et videre illam. Es la vanidad de las riquezas, unida al deseo de la más amplia independencia. «Acabo de casarme, por consiguiente, no puedo ir»: Uxorem duxi, et ideo non possum venire (Lc 14,18-20). Tales son los lazos y atractivos de la carne. ¿Pueden

caracterizarse con mayor precisión los tres principales obstáculos que detienen al alma en el camino de su unión perfecta con el Rey?

Pero estos obstáculos son superados mediante los votos.

Hemos explicado ya en otra oportunidad, el papel principal que representan los votos en la obra del desasimiento del alma (Jesucristo; ideal del monje. Conferencias II. En pos de Jesucristo, VI. La profesión religiosa); ahora nos ocuparemos especialmente del obstáculo que se opone directamente a la unión absoluta del alma con el Verbo considerado como Esposo. Este obstáculo, como lo declara el Apóstol (1Cor 7,33) radica en la división que lleva consigo el amor humano; y este obstáculo se suprime por la consagración de la virginidad a Dios.

La fecundidad es uno de los atributos de Dios. ¿Qué digo? Es la vida misma de Dios, para quien vivir es «ser Trinidad», es decir, «ser fecundo en su propio seno».

Divinidad y fecundidad son, en un sentido supremo, idénticamente sinónimos. Por lo demás lo uno y lo otro es esencialmente actual, ya que, para Dios, vivir es ser, en sí mismo y a la vez, principio y término de una fecundidad siempre actual. El Padre engendra al Hijo; el Padre y el Hijo se comunican su amor que es el Espíritu Santo. Tal es la plenitud de esta fecundidad infinita que agota, por decirlo así, la Divinidad: Dios no tiene más que un Hijo, igual a Sí mismo en perfección; tan igual, que es único; tan perfecto, que al contemplarlo el Padre deja escapar un grito de infinita complacencia: «Tú eres mi Hijo, en este hoy eterno te he engendrado yo»: *Filius meus es Tu; ego hodie genui te* (Ps 2,7; Hb 1,5;5,5). Ni hay más que un solo Espíritu, no más que un Amor substancial, que sella eternamente la unión del Padre y del Hijo, y cierra el ciclo íntimo de las donaciones divinas.

Al comunicar su ser al hombre, Dios le da el poder y el derecho de imitar la paternidad divina, le hace fecundo. Más aún, para la conservación de la raza el hombre recibe de Dios la orden de propagarse, puesto que, habiendo creado la tierra para el hombre, Dios quiere que la llenen los frutos de la fecundidad humana: «Creced y multiplicaos y llenad la tierra»: *Crescite et multiplicamini, et replete terram* (Gen 1,28). Esta fecundidad es como un reflejo de la fecundidad divina. En el plan primitivo de Dios ella hubiera sido el supremo florecimiento de la natural perfección del hombre; después del pecado de Adán conserva todavía cierta grandeza sobrehumana aureola de su nobleza original, ya que es una semejanza de «esta fecundidad de la cual toda paternidad recibe el nombre en los cielos y en la tierra»: *Ex quo omnis paternitas in coelis et in terra nominatur* (Ef 3,15).

Por eso oímos a Eva exclamar al ver en sus brazos el primer fruto, de sus entrañas: «He concebido un hijo en virtud del poder de Dios», *Possedi hominem per Deum* (Gen 4). Exclamación de júbilo y de triunfo a la vez, que repercute en la creación cual eco débil pero fiel, del grito que dejó oír Dios «en los esplendores de los santos»; *in splendoribus sanctorum* (Ps 109,3), celebrando su eterna fecundidad.

Esto considerado, podemos comprender por qué, hablando del matrimonio humano, ha podido decir San Pablo: «Este sacramento es grande»: *Sacramentum hoc magnum est*. Pero ved lo que añade inmediatamente: «Advertid, sin embargo, que si os lo proclamo así es por razón de Cristo y de su Iglesia»: *Ego autem dico in Christo et in Ecclesia* (Ef 5,32)

¿Qué quiere significarnos el Apóstol con estas palabras, sino que la grandeza y la dignidad del sacramento del matrimonio, le viene precisamente de ser el símbolo de la unión de Cristo con la Iglesia y con las almas?

Existe, pues, una unión más elevada y no menos íntima que la que une a los esposos sobre la tierra: existe una realidad más alta, un estado más sublime. ¿Cuál es? Aquel en el cual, según se expresa el Pontifical en la consagración de las vírgenes, «no se imita lo que se cumple en las uniones terrenas»: *Nec imitentur quod nuptiis agitur, sino que «se ama», se procura una intimidad más*

secreta, se consigue una fecundidad más exuberante, «figuradas ambas por las que origina la unión de los esposos»: sed diligenter quod nuptiis praenotatur. Esta es símbolo, sombra; aquella, realidad, luz clarísima y eminente.

Pero la virginidad religiosa que dispone a este espiritual matrimonio no es a todos accesible; constituye una gracia de elección. ¿No nos ha advertido Nuestro Señor mismo que «no todos comprenden este consejo?» Non omnes capiunt verbum istud (Mt 19,2).

En el Prefacio de la consagración de las vírgenes, texto que remonta a la más remota antigüedad, la Iglesia celebra en elevados términos la excelencia y dignidad de la virginidad consagrada a Dios, y enumera los obstáculos que se oponen a este elevado estado, tratándose de un alma que vive unida a un cuerpo de carne: «la ley de la naturaleza, la libertad de los sentidos, la fuerza de las inclinaciones naturales, el aguijón de la juventud». He aquí, agrega, por qué sólo Dios puede inspirar un tal género de vida: «Vos sois, Señor, quien infunde en el alma el amor a la santa virginidad, quien fomenta el deseo de agradar a vuestra infinita bondad y da fuerza para perseverar...». «Hijo de la Virgen, el Verbo encarnado llama a su tálamo nupcial para unírseles en calidad de esposas, a las almas vírgenes como El, émulas de los ángeles» *

* Agnovit auctorem suum beata virginitas et aemula integritatis angelicae, illius thalamo, illius cubículo se devovit, qui sic perpetuae virginitatis est sponsus, quemadmodum perpetuae virginitatis est filius. (Pontifical Romano).

San Bernardo dice que el estado de virginidad es necesario al alma que aspira a la unión íntima y perfecta con el Verbo. San Pablo, hablando a las vírgenes les dice: «Os deseo exentas de cuidados» (1Cor 7,32).

Ahora bien, quien tiene esposa ha de «ocuparse de las cosas de este mundo, y de agradar a su esposa» (Ib 7,34). Resulta, pues, que «está dividido»; et divisus est. Le resulta a él imposible aplicar toda su atención ni consagrar todo su corazón a Dios. Por el contrario, quien no tiene esposa puede ocuparse íntegramente en el servicio del Señor, sin preocuparse de agradar a nadie más que a Él sólo; su amor, lo mismo que su corazón, están consagrados exclusivamente al servicio de Dios. «La virgen posee la más amplia libertad para ser toda entera del Señor» (1Cor 2,32.55). El voto de virginidad imprime, pues en el alma, ese carácter de separación absoluta de toda humana criatura, que es la condición previa e indispensable para que el alma pueda unirse al Verbo en calidad de esposa.

El día de vuestra profesión religiosa cumplisteis esta condición: en aquella hora solemne, respondiendo libremente al llamamiento divino, no sólo disteis un adiós definitivo al hogar que os vio nacer y avanzar de edad, sino que renunciasteis, además, con alegría, a toda unión terrena, al derecho hasta entonces legítimo de fundar una familia; os desprendisteis de todo, realizando el abandono más absoluto de todas las cosas y de vosotros mismos, relictis omnibus, para consagraros por entero al Verbo.

Esta donación y total renuncia que Dios os inspiró efectuar y para cuya realización os dio asimismo la insigne gracia necesaria, constituye la causa principal de vuestro gozo interior. Sea también ella el objeto de vuestras constantes acciones de gracias, ya que os confiere además «la facultad» especialísima de «consagraros sin obstáculo a una vida de íntima unión con el Señor»: Eo quod facultatem praebeat sine impedimento Dominum obsecrandi» (1Cor 9,35), os establece para siempre en el «jardín cerrado» (Ct 4, 12) del esposo para gozar de su presencia y de sus favores, y hace de vuestra alma «la fuente Sellada» (Ct 4,12) de aguas vivas siempre fecundantes...

Pero importa de especial manera no desear jamás apropiarnos de nuevo aquello de que una vez para siempre hicimos entrega generosa. Consagrados a Dios nuestros cuerpos y nuestras almas, es obligación nuestra velar por apartar de nuestro corazón, no sólo cuanto pueda empañar su pureza, sino también todo cuanto pueda debilitar la intimidad del alma con Jesucristo.

En el Prefacio citado anteriormente, la Iglesia solicita a Dios que «confirme con el sello de su bendición el deseo» que siente el alma de ser toda de Él, y hace instancia en favor de la virgen que ha sido hecha esposa de Cristo para que nunca le falte «el apoyo divino y el auxilio de la luz». ¿Por qué una petición semejante? Porque «el antiguo enemigo utiliza emboscadas tanto más sutiles cuanto son más elevados los propósitos que abriga; por eso trata de fomentar la negligencia cuidando de insinuarla en el alma, para oscurecer en ella ese esplendor de la virginidad perfecta»*

* *Da protectionis tuae munimen et regimen, ne hostis. antiquus, qui excellentiora studia subtilioribus infestat insidiis, ad obscurandam perfectae continentiae palmam, per aliquam mentis serpat incuriam.* (Pontifical Romano).

Por medio de la vigilancia en evitar las más mínimas ocasiones y cortar inmediatamente toda malévolas sugestión y todo insano delirio, mantendremos pura e inmaculada la palma debida a este estado sublime.

Esta vigilancia debe ser permanente y nuestra firmeza no debe titubear jamás. Un corazón virgen que no atiende a su propia defensa con la guarda de los sentidos y la mortificación corre gran peligro de flaquear si se expone imprudentemente al peligro. «No desdeñéis los desórdenes por pequeños que os parezcan, que son siempre el principio de los grandes, y el incendio que todo lo consume suele tener su origen en una pequeña chispa» (Bossuet, Sermón para una profesión).

Muchas veces es el orgullo la causa de esta negligencia en la guarda del corazón. En realidad, exponerse vale tanto como decir: «Yo puedo ser casto sin la ayuda de nadie». Notad que mantenerse virgen en una carne corruptible no puede ser triunfo nuestro, sino de la gracia. La virginidad es un don de Dios*; sin la ayuda del cielo, imposible será siempre conservar esplendor tan radiante, y como quiera que Dios derrama más abundantemente su gracia sobre los corazones humildes, fácilmente entenderéis la razón de la afinidad sobrenatural e íntima que subordina a la humildad el singular privilegio de la virginidad.**

* «No todos –dice Nuestro Señor– entienden esta palabra –de la virginidad consagrada a Dios– sino tan sólo aquellos a quienes ha sido dada» (Mt. 19,11-12). Véase el Prefacio de la consagración de las vírgenes: *Inter caeteras virtutes quas filiis tuis indidisti, etiam hoc donum (virginitatis) in quasdam mentes de largitatis tuae fonte defluxit.* Véase también el texto anteriormente citado.

** San Agustín insiste repetidas veces sobre lo necesaria que es la humildad en la virgen. Citando el texto de la Escritura: «Humíllate tanto más profundamente cuanto más elevado estés, y merecerás gracia a los ojos de Dios», añade: «Por cuanto la continencia perpetua, y sobre todo la virginidad consagrada a Nuestro Señor, constituye en los Santos de Dios un bien inapreciable, es necesario redoblar la vigilancia encaminada a evitar que por el orgullo no pierda de su mérito aquel don tan precioso». (De sancta virginitate, c. XIII, nº 33. Cf. c.XXVIII, Nº 39; c.XXXII ss)

Veamos, pues, humildemente sobre nosotros mismos; no permitamos nunca que criatura alguna llegue a empañar la integridad de nuestro amor. El sagrado velo con que la Iglesia cubre la cabeza de la virgen en el día de su consagración, ¿no es acaso el sello del amor exclusivo que de ella reclama el Esposo? «Ha puesto sobre mi faz el sello de su elección para que yo no admita otro amor más que el suyo»: *Posuit signum in faciem meum, ut nullum praeter eum amatorem admittam* (Pontifical Romano).

Pero este carácter exclusivo no es ciertamente tan absoluto que nuestro amor no pueda ni deba extenderse a todas las criaturas miradas a través del prisma de la luz divina; por el contrario, debemos amar a nuestro prójimo, no como a un ser abstracto, sino tal cual es en realidad. En otro lugar hemos explicado la fuerza y extensión del precepto divino del amor fraternal (Jesucristo vida del alma. Véase también Jesucristo ideal del monje); en verdad no hay corazones más exuberantes de afectos delicados, que los santos, esto es, las almas plenamente desprendidas de todo lo terreno, mundano y mezquino.

Ejemplo de ello es San Bernardo. Todos sabéis perfectamente cuán unido estaba él a Dios, y libre su corazón de todo afecto a las criaturas. Si propone el desprendimiento como condición primera y absolutamente necesaria para la unión con Dios, es porque el Santo había realizado ya en su alma este abandono de todas las cosas. Sin embargo, ved lo que escribía al monje Roberto a quien amaba con especial predilección, y que había pasado de Claraval a Cluny: «¡Qué desgraciado soy no teniéndote ya a mi lado, obligado a vivir lejos de ti! Morir por ti sería mi vida; vivir sin ti es mi muerte» (P. L. t. 82, Epístola I, Nº 1). ¿Y no le vemos al día siguiente del fallecimiento de su hermano Gerardo, cuyos funerales había presidido sin verter una sola lágrima, interrumpir bruscamente en pleno «Capítulo» su comentario al Cantar de los Cantares, para desahogar, en presencia de todos los concurrentes, una emoción mucho tiempo contenida?

Y ¡qué patéticos acentos no nos hace oír! «Mi dolor, tanto tiempo reprimido, ha adquirido tanto mayor fuerza cuanto menos le he permitido manifestarse; he resultado vencido, lo reconozco. Es necesario que lo que sufro interiormente estalle hacia fuera... ¡Oh Gerardo, hermano mío por la sangre, pero más hermano aún por la religión tú que tan fuerte eras según mi corazón; ¿cómo me has podido ser arrebatado? Amándonos tan tiernamente, ¿cómo ha podido la muerte separarnos?... Éramos un solo corazón y una sola alma; he aquí por qué la guadaña de la muerte ha herido a la vez su alma y la mía...» (In Cantic. 26) Todo el discurso no es más que un largo gemido de ternura malherida, desbordada de lo más hondo de las entrañas.

Así amaba San Bernardo; así amaban San Anselmo y Santa Teresa de Jesús, así aman los santos de todos los tiempos. Nótese, sin embargo, que el secreto de su fuerza y de su suavidad es la pureza del amor.

Tratemos, por lo tanto, de dar al Esposo esta plenitud de amor que reclama de nosotros. Téngase en cuenta que si nos manda amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado, y ha hecho de este precepto su mandamiento y el objeto de su última oración (Jo. 13,34; 15,12; 17, 21-22), sin embargo, su amor divino es un amor celoso, y que el Esposo celestial reivindica para sí la prioridad absoluta y total de amor del alma que se le ha consagrado*; exige –¿quién puede negarle un derecho tan soberano?– que el alma sea ante todo suya, de Él, sin reservas ni partijas, que no mire a nada ni a nadie, y viva constantemente en un «abandono el más completo, en un desprendimiento absoluto»; *relictis omnibus* (Cf. Santa Matilde, Libro de la gracia especial, parte IV, c. 59).

* Esta prioridad se debilita cuando la afección por alguna criatura es demasiado natural o demasiado sensible, cuando preocupa excesivamente al alma turbándola sobre todo en la oración o causa apreciables infidelidades a la Regla, o bien, excluye determinadas personas del radio de sus afectos.

Estas palabras contienen profundidades que sólo en la oración podrán ser bien interpretadas; suponen una pobreza tan completa, que espanta a más de un alma. De hecho, no hay materia en que sea más fácil forjarse ilusiones. ¿Quién hay que no se sienta apegado a nada de este mundo? Pues bien, esforcémonos hasta poder contemplar a Jesús cara a cara y decirlo con toda verdad: «Maestro, Maestro mío Divino, Vos sois mi Dios y mi todo; yo no busco más que a Vos y a Vos solo» ¡Feliz el alma que puede manifestar estas palabras con toda sinceridad! Nuestro Señor le contestará sin duda con una dulzura infinita, prenda de las más íntimas bendiciones: «¡También Yo soy absolutamente tuyo!»

La vida de Santa Gertrudis nos brinda, un ejemplo de este desprendimiento absoluto de todas las criaturas. Sabéis que su fama de santidad era tal, que de todas partes acudían a consultarla. Por caridad cristiana, la Santa atendía tan reiteradas exigencias. Al primer llamamiento, abandonaba sus ocupaciones, prodigaba su tiempo y su paciencia, y recibía amablemente a cuantas personas acudían a su lado, a veces de muy lejos, para recibir de ella ayuda y consuelo.

Pero durante estas conversaciones, la Santa no podía menos de suspirar por el momento feliz en que debía encontrarse de nuevo con su dulce Amado. Las relaciones exteriores resultaban para ella una verdadera cruz, y nada ciertamente hubiese sido capaz de hacérselas aceptar, si no hubiese visto en ellas un medio de procurar la gloria de Dios.

Arrebatada por la exaltación de su espíritu, muchas veces levantábase Gertrudis repentinamente y se dirigía al coro a desahogar su corazón con el Amado: «Ved, mi dulce Señor, lo hastiada que me siento del trato con las criaturas. Si fuese libre para escoger, yo no quisiera otra compañía ni otra conversación más que la vuestra; con mucho gusto lo abandonaría todo para estar siempre con Vos, supremo Bien mío y único gozo de mi alma y de mi corazón». Luego, abrazando su crucifijo, besaba cinco veces cada una de las Llagas abiertas de Cristo, y añadía: «Yo os saludo, Esposo lleno de gracia y de dulzura, ah Jesús, en el gozo de vuestra divinidad; os abrazo con la dilección del mundo entero y deposito un beso ardiente en las llagas de vuestro amor».

Esta práctica de devoción la ocupaba a lo sumo, algunos instantes, y varias veces le reveló el Señor que tales muestras de amor herían vivamente su Sagrado Corazón, que se las tenía en cuenta y por cada una algún día le pagaría un céntuplo.

Así las visitas frecuentes que, por el contacto con seculares, hubieran podido ser un peligro para ella, resultaban un eficaz medio para llevarla más directa y rápidamente a la íntima unión mística. «Nada sino Vos, Señor mío, es capaz de hacerme feliz en este mundo», exclamaba la Santa. Y Jesucristo, haciendo suyas las propias palabras de su fiel sierva, contestóle con la mayor ternura: «Tampoco Yo, si no estás tú conmigo puedo encontrar ningún placer, en el cielo ni en la tierra, pues mi amor te asocia a todos mis goces, y las delicias que Yo gusto, contigo las saboreo. Por lo demás cuanto más grandes son, mayor es también el fruto que tú logras de ellas» (D. G. Dolan, Santa Gertrudis, su vida interior).

IV. -Unirse al Verbo con todas las fuerzas

A la virginidad hay que unir la caridad, el amor, que es el lazo de unión. – La virgen debe unirse con todas sus fuerzas al Esposo. –Resultante de esta íntima unión es la fidelidad. – Extraordinaria importancia de esta fidelidad. –Las pequeñas raposas que devastan la viña de la esposa. –Bendiciones que esta fidelidad logra.

No es suficiente guardar la virginidad de alma y cuerpo para ser admitido a las bodas del Esposo. ¿No nos dice nuestro Señor mismo que de las diez vírgenes cinco no fueron admitidas en la sala del banquete nupcial? Y, sin embargo, eran vírgenes. ¿Qué les faltaba? El aceite con que mantener encendidas las lámparas.

Según la interpretación preferida de los Santos Padres de la Iglesia, el aceite simboliza aquí la caridad. Faltaba, pues, la caridad a las vírgenes necias; he aquí la única razón porque fueron excluidas; razón, por otra parte, de una fuerza invencible. ¿No es la caridad, en efecto, el don perfecto que supera todos los demás y sin el cual éstos nada valen? Oigamos a San Pablo: «Aunque yo hablase todas las lenguas, sin la caridad no sería más que un bronce que suena y una campana que tañe; podría gozar del don de la profecía, conocer todos los misterios, saber todas las ciencias, poseer la fe hasta el punto de trasladar las montañas; sin la caridad, soy nada. Y si distribuyo todos mis bienes entre los pobres, si entrego mi cuerpo al verdugo sin la caridad, todo esto no me sirve de nada: nihil mihi prodest (1 Cor 13,1-3).

Si todos estos dones extraordinarios y estas excelsas obras nada son sin la caridad, lo propio sucederá con la virginidad desprovista de amor; por excelente que sea en sí misma, carece de todo valor a los ojos del Esposo, y permanece cerrada la puerta del festín: «En verdad os digo: No os conozco»: *Nescio vos* (Mt 25,12)

La caridad, el amor es, pues, tan esencial como posible en el alma que quiere ser admitida a la condición de esposa; este es el lazo de la unión. Este amor se traduce en los diferentes actos enumerados por San Bernardo: «unirse al Verbo, vivir para Él, dejarse guiar por Él». Estos son los imperiosos deberes que lleva anejos la excelsa dignidad de esposa; que representan, también, otros tantos grados de la ascensión que lleva a una unión cada día más perfecta e incesantemente fecunda.*

* «Este Esposo inmortal que vuestra virginidad os prepara, tiene dos cualidades maravillosas; por la pureza de su ser, está infinitamente separada de todo; por un efecto de su bondad, es infinitamente comunicativo... La virginidad cristiana consiste en una santa separación y en una casta unión. Esta separación constituye su pureza; esta casta y divina unión es el motivo de las delicias espirituales que la gracia hace abundar en las almas verdaderamente virginales (Bossuet, Sermón sobre la virginidad).

Para gozar de la dignidad de esposa debe el alma «unirse con todas sus fuerzas al Verbo»: *Votis omnibus Verbo adhaerere*; ha de poder declarar con absoluta verdad como el Salmista: *Mi mayor bien es unirme a Dios*; *Mihi autem adhaerere Deo bonum est* (Ps 72,28). Si el hombre debe abandonar su padre y su madre para unirse a su esposa, la esposa a su vez, debe abandonarlo todo para unirse a Él». *Et adhaerebit uxori suae* (Gen 2,24; Mt 19,5).

¿Qué significa «unirse estrechamente al esposo? Que la esposa debe seguirle en todo y por todo, hacer propios los pensamientos de Él; favorecer sus intereses, compartir sus trabajos, asociarse a su destino. Una sola palabra compendia todos estos deberes: la fidelidad.

El Apóstol nos hace entender esta verdad, y la Iglesia, en su Pontifical de la consagración de las vírgenes, expresa muchas veces el mismo pensamiento. (Si [Christo] fideliter servieris, in perpetuum coroneris; –propositum teneas–; fidem integram, fidelitatemque sinceram teneat, etc.). ¿No se trata, en efecto, de una promesa que hay que hacer y de un contrato que hay que cumplir? ¿Y qué promesa ha formulado el alma religiosa? ¿Qué contrato ha firmado la virgen? Sus votos. He aquí por qué la fidelidad a los votos reviste tan extraordinaria importancia en la vida de un alma consagrada a Dios. Toda transgresión a estas solemnes promesas es un obstáculo para su vida de unión con el Esposo.

«Con todas nuestras fuerzas», *votis omnibus*, debemos, mediante esta fidelidad, robustecer nuestra «unión con el Verbo», esposo de nuestra alma. Fidelidad que debe ser universal: por parte del Esposo, debe abrazar todo cuanto afecte a su persona, a sus derechos, a sus intereses, a su gloria; por parte del alma debe extenderse a todas las facultades, ennoblecer todos los actos, afirmarse hasta el postrer suspiro. Nada debe omitirse en el empeño de alcanzar esta fidelidad, nada debe tampoco disminuirla o entibiarla. La constancia y la confianza absoluta han de ser sus cualidades indispensables: el alma debe permanecer estrechamente unida al Esposo, no sólo mientras goza de la presencia sensible del Amado, sino en los días oscuros, cuando, creyéndose abandonada del Esposo, anda desolada por todas partes, «buscando a quien ama y no lo sabe encontrar»: *In lectulo meo per noctes quaesivi quem diligit anima mea et non inveni* (Ct. 3,1), «lo llama y no le responde»: *Vocavi et non respondit mihi* (Ct. 5,6).

Esta fidelidad permanente, firme y constante, de todos los momentos, y en las mínimas cosas, es de importancia suma; de ella dependen la perfección y la fecundidad de la unión. ¡Oh, cómo agrada al Verbo esta fidelidad de la esposa al Esposo cuando es observada aun en los más mínimos detalles! De ella ha dicho Él en el Cantar de los Cantares: «Me has herido el corazón, esposa mía, me lo has herido con un cabello de tu cuello»: *in uno crine colli tui* (Ct. 4,9).

También es conocido el texto del propio Cantar de los Cantares: «Prende todas las raposillas que devastan las viñas porque nuestra viña está en flor»: *Capite vobis vulpes parvulas, quae demoliuntur vineas; nam vinea nostra floruit* (Ct. 2,15). Son palabras de la esposa que, rebosando de amor, más que en sí, piensa en el peligro que corre la viña plantada por el Amado, y que éste ha confiado a sus cuidados. Estas raposillas la tienen intranquila; son raposas pequeñas, *parvulae*; apenas se las distingue con la vista; pero sabe la esposa que son ellas las que arrasan la viña del Esposo, que ella considera también como propia –«nuestra viña» dice–. ¿Qué hay de extraño, pues, que se preocupe de las raposillas?

Pero ¿cuál es esta viña y cuáles son estos perjudiciales animalejos? La viña es la propia alma consagrada al Señor que es quien la ha plantado. Mejor dicho; «nosotros somos los sarmientos» de esta viña divina, que es Él mismo: «Ego sum vitis, vos palmites» (Jn. 15,5). Vástagos escogidos, ¿por ventura no os ha amado con amor de predilección? ¿No os ha elegido entre otros muchos, «*prae consortibus tuis*» (Ps 44,8), para atraernos a la íntima unión con Él? Bien pudo proclamar el Señor, hablando de vosotros: «He aquí mi viña predilecta», *vinea mea electa* (Cf. Is 5,2); con mi sangre la he comprado, la he rodeado de cercas que la defienden, en su centro he abierto un pozo de agua viva para fecundar la tierra que produce –los sacramentos, manantial perenne de luz y de gracia– «¿Qué más pudiera yo hacer y no lo hice?» *Quid est quod debui ultra facere vineae et non feci ei ? ...* (Is 5,4).

De esta viña, pues, con tanto amor cultivada, con justicia reclama Jesucristo frutos copiosos, «frutos cuya abundancia glorifique al Padre»: *In hoc clarificatus est Pater meus ut fructum plurimum afferatis* (Jn. 15,8). La única preocupación de Jesús es la gloria de su Padre. Justamente espera que las almas escogidas por esposas suyas participen de su celo por la gloria del Padre celestial y sean, por consiguiente, ricas en buenas obras y frutos de santidad.

¿Cómo es posible que almas privilegiadas, objeto por parte de Dios de los más delicados agasajos, sigan vegetando sin llegar jamás a aquel grado de unión íntima con el Esposo, que las haría grandemente fecundas? ¿Qué impide a la viña dar frutos abundantes que regocijen el corazón del Esposo, su dueño, sino las devastaciones causadas en ella por aquellas vulpes parvulae? Zorrillas son, zorras en apariencia pequeñas, pero capaces por su astucia de los mayores estragos. De hecho, sus devastaciones son siempre enormes; esa es la razón por qué las teme tanto la esposa. ¿Qué significan, pues, estos animales que saquean la viña en flor e impiden que produzca los frutos que esperaba el Amado?

¿Son acaso nuestras imperfecciones de cuerpo y de alma? No, por cierto; todos los Santos han experimentado esas debilidades y esos defectos: el peso de la carne, la lucha contra el espíritu, son patrimonio heredado de la naturaleza caída resultando del pecado, de la herencia, del temperamento, de la educación. El Esposo quiere unirse al alma débil que tropieza, que desfallece por sorpresa, porque Él es la Misericordia y el Amor infinitos y lejos de alejarlo de nosotros, nuestra natural miseria lo atrae, pues ha venido para curarnos.

Pero lo que no es menos cierto, es que el Señor no se dará nunca íntimamente a un alma infiel. He aquí lo que arrasa la viña: las infidelidades. Estas faltas pueden ser y son materialmente pequeñas, *parvulae*; pero son temibles cuando se convierten en habituales y deliberadas. Admitir negligencias en los ejercicios de piedad; romper el silencio sin necesidad, desobedecer voluntaria y fríamente a un precepto, por mínimo que sea, de la regla; bajo pretexto de amplitud de miras, pasar por encima de los usos establecidos, aunque sean los más ordinarios y banales; perder el tiempo en trivialidades; detenerse en imprudentes ensueños; faltar conscientemente a la caridad; criticar las órdenes y disposiciones de los superiores; tantos actos que violan la fidelidad y debilitan la vida de unión.

Y si estas debilidades se repiten, se renuevan y pasan a ser una costumbre, ¿qué sucede? No se aprovecha sino medianamente de la abundancia de gracias concedidas, la intimidad con Cristo se

disminuye, la acción del Espíritu Santo se hace más rara, los progresos casi nulos, y la vida interior se ve comprometida: además, ¿cómo se podría gozar de la intimidad de Nuestro Señor, experimentar los efectos particulares de su amor, si se falta al Amor todo el día?

La virgen que no cierra, resuelta y constantemente, la puerta de la viña a estos «zorritos», no es una verdadera esposa, pues sus infidelidades hieren profundamente al Esposo. ¿No podríamos aplicar a esta alma, las palabras con que Dios se queja del pueblo de Israel, comparándolo con una viña a la cual le ha prodigado todos sus cuidados y que no ha respondido a sus agasajos divinos: «Esperaba que mi viña me diera uvas y he encontrado agraces»: Expectavi ut facere uvas, et fecit labruscas? (Is 5,4). La intimidad misma hace más grandes los pequeños choques, que adquieren con frecuencia, por razón de esa misma intimidad, el carácter de verdaderas ofensas.

Es necesario por esto que la virgen tenga para servir al Esposo y para seguirlo, toda la delicadeza de su fidelidad: esta fidelidad se traducirá más eficazmente en la constancia en evitar hasta las más pequeñas faltas que puedan disgustar al Verbo.

Mostrémonos, pues, inmensamente generosos en guardar nuestra fidelidad. Esta fidelidad puede costar, y costará a la naturaleza: el Esposo no retrocedió delante de la Cruz, cuando su Padre le señaló la pasión como el medio de rescatar nuestras almas, y de pagar las joyas con que quería adornarlas por toda la eternidad. Y ¿podemos unirnos a un Esposo crucificado sin aceptar nuestra parte de renunciamiento e inmolación? Todo debe ser común entre el Esposo y la esposa, y el alma que quiera gozar de las delicias de la unión con Cristo sin participar de su vida de abnegación y de sufrimiento, no será digna de tan alta vocación.

Además, se cerrará ella misma la puerta a muchas gracias, pues la fidelidad es frecuentemente la razón que inclina a Dios a hacernos partícipes de sus larguezas. Si muchas almas consagradas no llegan al alto grado de unión a que el Esposo las llama, es porque sin cesar han contrariado en ellas la acción de su Espíritu (Cf. Santa Teresa, Vida, cap. XV).

Así pues, si advertimos en nuestra vida alguna infidelidad que nos impida ser íntegramente del Verbo, tomemos la resolución de acabar con ella; pongámonos a los pies del Señor y digámosle:

«Señor mío Jesús, te amo, y deseo demostrarte este amor y glorificar a tu Padre contigo. Te prometo vigilar para que nada venga a arrasar tu viña y devastar en ella la obra de tu amor. Desde la eternidad has envuelto esta viña en una mirada de infinita predilección; la has plantado en el día de mi bautismo; la has escogido entre tantas otras para que te pertenezca de especial manera por la consagración virginal; la has lavado frecuentemente con tu sangre preciosa; la has alimentado cada día con tu carne adorable; por amor a Ti quiero que no encuentres en mí sino frutos abundantes que regocijen tu corazón y glorifiquen a tu Padre».

Y no nos dejemos amilanar por el recuerdo de nuestras pasadas infidelidades ni por el pensamiento de nuestros desfallecimientos todavía posibles: aquéllas, cuando escapan a nuestra naturaleza, se concilian perfectamente con la buena voluntad, y en cuanto a los otros, que se conviertan en ocasión de humilde compunción y de generoso ardor.

Además, poco a poco, como dice San Benito, a medida que se avanza con fidelidad en las buenas obras –processu conversationis (S. Regla. Prólogo)– el alma se inunda de luz, el corazón se ensancha bajo la acción perceptible del Espíritu de Amor, y el alma «corre en el camino con inefable dulzura de dilección». La caridad fortalece la unión, los vínculos se estrechan, la unión al Verbo viene a ser más estable, más firme, más alegre, hasta convertirse en inquebrantable. El alma experimenta entonces algo de la verdad de las magníficas palabras del Apóstol: «¿Quién me separará del amor de Cristo, mi esposo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿el hambre?, ¿la indigencia?, ¿el peligro?, ¿la persecución?, ¿la espada? (Rom. 8,35).

No, nada es capaz de separar a la virgen fiel de su Amado, a quien, como la esposa del Cantar, puede repetirse sin cesar: «Atráeme a ti; he aquí que vengo atraída por el olor de tus perfumes»,

Trahe me, post te curremus in odorem unguentorum tuorum (Cant. 1,2); y también: «Colócame como signo indeleble en tu Corazón, pues mi amor y mi fidelidad son fuertes como la muerte; ningún torrente desbordado ha sido capaz de anegarlos» *Aquae multae non potuerunt extinguere caritatem nec flumina obruent illam* (Cant. 1,3). «Ni la muerte con sus horrores, ni la vida con sus seducciones, ni los ángeles, ni las más fuertes potencias, ni lo presente, ni lo venidero, ni criatura alguna pueden separarla» (Cf. Rom 8,38-39) de su Señor y Esposo. Desde aquí abajo se puede decir de ella «que sigue fielmente al Cordero a donde quiera que vaya»: *Quocumque ierit* (Apoc 14,4) Es que, en efecto, «aquel que se une perfectamente al Señor no hace sino un espíritu con Él»: *Qui adhaeret Domino unus Spiritus est* (1 Cor. 4,17).

¡Oh condición bienaventurada la del alma fiel! ¡Oh estado envidiable el de la virgen siempre atenta a los menores signos de la venida del Esposo!... Encontrándola lista con su lámpara encendida, el Esposo «la introducirá con Él, en la sala del festín nupcial» para embriagarla de las delicias espirituales que ninguna lengua puede contar y ninguna pluma describir: *Intravit cum eo ad nuptias* ... (Cf. Mt. 25,10)

V. -Vivir para el Verbo, sujetarse al reino del Verbo

La tercera cualidad de la esposa: «vivir para el Verbo». –Esta vida se resume en el fervor de la devoción. –El amor es la savia de esta vida; transformación que obra este amor. –El «reino del Verbo» en el alma, su carácter universal. –Frutos que se derivan para la esposa.

Esta universalidad y constancia en la fidelidad lleva necesariamente al alma a «vivir para el Verbo»: *Verbo vivere*; es la tercera cualidad de la esposa.

¿Qué cosa es el «vivir», hablando del alma? El alma vive por el movimiento y el ejercicio de sus facultades; por eso «vive para el Verbo» cuando nada en ella se pone en movimiento sino para los intereses y la gloria del Esposo; cuando aplica su memoria, su imaginación, su inteligencia, su corazón, su voluntad, todas sus fuerzas, toda su actividad al servicio del Verbo, para conocerlo, amarlo, hacerlo conocer y hacerlo amar. El alma que vive para el Esposo no busca en ninguna cosa su propia satisfacción, ni su interés personal sino sólo el placer y la gloria de su Señor.

Está penetrada de santo celo por el honor de su Esposo; las cobardías, las infidelidades, las injurias de tantas almas, la hieren a ella misma y estimulan su ardor y su generosidad: *Defectio tenuit me, pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam* (Ps. 118,53); se da toda entera, da todo lo que tiene, todo lo que es, para que el Esposo sea honrado, exaltado y amado. Hace suya la oración de Jesús: «Padre Santo, Padre justo, glorifica a tu Hijo» (Jn. 17,1); se ocupa sin descanso en realizar esta glorificación del Verbo, en sí misma primero, luego en los demás. En esto consiste propiamente la «devoción», movimiento generoso del alma, pronto, alegre, fácil, que la lleva, olvidándose de sí misma, de sus gustos, de su tranquilidad, de su reposo, de sus deseos, a preocuparse en primer término de la voluntad de su Esposo, de sus intereses y de los de la Iglesia.

Mas, ¿cuál es en este punto el principio fundamental que sostiene el alma y la estimula? ¿Cuál es el móvil poderoso que la eleva y transporta? Es el amor (La observancia exterior debe ser animada por el amor. Cf. Cristo ideal del monje, cap. VII).

Siendo el amor dueño de la voluntad, posee todos los caminos del corazón, todas las fuerzas del alma, todos los resortes de la actividad. Entregada al amor, el alma no tiene nada propio, no vive para sí, es toda del amado. «¿Qué cosa es amar sino tener en todas las cosas y en todas las circunstancias, una voluntad tan conforme con la del Amado, que se llegue hasta la extinción del menor deseo contrario, y a la total sujeción del corazón?» (Bossuet: *Meditaciones sobre el Evangelio*).

Este amor transforma y convierte al alma semejante al Esposo. Escuchemos a San Bernardo, a quien hemos tomado el tema de nuestra plática, cantar la grandeza incomprendible de esta unión: «Tal conformidad con la voluntad divina une al alma con el Verbo, a quien es semejante por su naturaleza espiritual, y todavía más, por la voluntad, al amarle como Él ama: por consiguiente, si ella ama perfectamente, es esposa. ¿Qué puede haber más dulce que esta conformidad de voluntades?, ¿qué más deseable que este amor que hace que, descontenta del trato con los hombres te acerques, ¡oh alma!, al Verbo con confianza, le permanezcas unida, vivas familiarmente cerca de Él, le consultes todo, con tanta mayor confianza cuanto te vas sintiendo más capaz de conocerlo? Este desposorio es realmente espiritual, verdaderamente santo: contrato, sería poco decir, es un verdadero abrazo o identificación de voluntades que hace que dos espíritus no sean más que uno». (In cantica, sermón LXXXIII.).

La absoluta conformidad de sentimientos, de puntos de vista, de voluntades que describe aquí San Bernardo, no es posible sino porque el alma, en todas las cosas, «se deja conducir por el Verbo» Verbo se regere. Mucho más que «la esclava que tiene los ojos fijos en su señora» (Ps. 122,2) para conocer sus órdenes y ejecutarlas, la verdadera esposa de Cristo se siente interiormente urgida a fijar su mirada llena de amor en el Esposo, a fin de adivinar rápidamente los menores indicios de su voluntad. Por eso contempla, sin cansarse, la persona sagrada de Jesús en todos sus misterios.

En esta complacencia le agrada detenerse principalmente «en la montaña de la mirra» (Ct. 4), al pie de la cruz, porque con su sangre el Esposo la ha conquistado, y ella fundamenta su felicidad en recorrer todos los estados de la vida del Verbo. Lo contempla en el seno inefable del Padre; en el seno inmaculado de la Virgen, donde se encarna; en el pesebre de Belén, en el taller de Nazaret; le sigue al desierto, sobre el camino de Judea; entra con Él al templo y a la sinagoga; lo acompaña a Betania, al cenáculo, al jardín de los Olivos, al Pretorio, hasta el Gólgota; permanece con Él en el Calvario, compartiendo los dolores y humillaciones de su Esposo ensangrentado. Con Magdalena, en la mañana de la Resurrección, reconoce en Él al «Rabboni» (Jn. 20,16) adorado; recibe su divina bendición el día de la Ascensión, y en el de Pentecostés, los dones del Espíritu Santo.

Siempre y en todas partes, es el mismo Verbo, Señor y Amo, Amigo y Esposo, a quien ella busca para penetrar el secreto de sus obras, descubrir los sentimientos de su alma, medir «con los ojos del corazón iluminados, la altura, la anchura; la extensión, la profundidad del misterio» (Cf. Ef. 1,18;3,18) de su Amado. Examina amorosamente todas sus acciones para que se conviertan en el modelo único de las suyas; relee sus palabras para que le sirva de fuentes de sabiduría y de luz y de principios de vida; juzga todas las cosas a la luz del Evangelio. Ama lo que Cristo ama; odia lo que Él detesta: el pecado dice «Amen» a todo lo que Él revela, «Fiat» a todo lo que Él manda o permite.

«La esposa ama con ardor, dice S. Bernardo, y al sentirse tan amada, aun cuando se dé completamente al amor, le parece que aun ama poco. Y no se engaña, puesto que puede hacer un granito de polvo que sea capaz de corresponder a un amor tan grande y tan precioso, aun cuando concentre todas sus fuerzas para amar por su parte a la suprema Majestad, que la ha rodeado de su amor y se muestra tan solícito de la obra de su salvación» (Tratado del amor de Dios).

El alma de la esposa por estar consagrada completamente al Verbo se halla bajo el dominio absoluto del Esposo que la atrae hacia sí, que «atrae hacia sí todo lo que ella tiene»: Omnia traham ad me ipsum (Jn. 7,32). El Verbo posee todo lo suyo, la dirige en todo Omnia subiecisti sub pedibus ejus; reina en ella como Maestro adorado, como Soberano cuyo poder es indiscutible, como Amante cuyo amor es universalmente subyugador; reina sobre todos los deseos del alma y reina solo, porque ella no busca sino a Él y resultarle agradable: «Hago siempre lo que le es agradable», Quae placita sunt ei facio semper (Jn. 8,29). El alma puede entonces apropiarse realmente las palabras del Apóstol: «Vivo, mas no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí»: Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus (Gal. 2,20). «Cristo es su vida y la muerte le parece ganancia» (Filip. 1,21) porque sonará para el alma la hora en que se unirá para siempre a quien es el todo de su vida.

Por otra parte, el Esposo lejos de dejarse vencer en amor, es el primero en todo y de Él depende todo: se muestra al alma lleno de ternura; le dice estas palabras que son la expresión adecuada del amor exclusivo y mutuo: «todo lo que es mío es tuyo, y todo lo tuyo, mío»: *Mea omnia tua sunt, et tua mea sunt* (Jn. 17,10). Con magnificencia igual a su ternura, el Esposo divino entrega a la esposa para sostenerla, embellecerla y hacerla bienaventurada, el precio de sus sufrimientos, las riquezas de sus méritos, la nobleza y la opulencia de su Divinidad.

En este venturoso estado se cumple para la virgen la promesa del salmista: «El Señor es mi guía, ¿qué podrá faltarme?». *Dominus regit me et nihil mihi deerit* (Ps. 22,1). Experimenta la realidad de la oración dirigida a Dios por el Pontífice. en la consagración de las vírgenes, en el momento mismo en que se pronuncian las solemnes promesas: «Sé para ella, Señor, honor, alegría, voluntad; alivio en la tristeza, luz en la duda, protección en las injusticias; dale la paciencia en la tribulación; en la pobreza, abundancia; durante los ayunos sé su alimento y su bebida; en la enfermedad, remedio y salud. Que en Ti encuentre todas las cosas, ya que trata de amarte por encima de todo». *In te habeat omnia, quem diligere appetat super omnia!* (Pontifical de la consagración de las vírgenes).

VI. -Medios de unión concedidos a la esposa

Medios otorgados por el Esposo divino a la virgen para afirmar su unión con Él. –El Verbo se da a Sí mismo sobre todo por la comunión eucarística. –Cómo ayuda la comunión a la virgen para cumplir sus deberes y realizar su condición de esposa. –La santa Humanidad de Jesús nos conduce a la divinidad del Verbo, manantial de bienaventuranza.

Condición tan elevada, estado tan sublime no pueden afianzarse si el alma no posee los medios más adecuados. El mismo esposo se los suministra.

¿Qué hace cuando quiere que un alma, elegida desde la eternidad, sea toda suya? Casi siempre «la conduce a la soledad para hablarle a su corazón»: *Ducam eam in solitudinem et loquar ad cor ejus* (Os. 2,14); como se rodea una viña de un muro que la proteja, la encierra en un claustro, «en la cavidad de la piedra», *in foraminibus petrae* (Ct. 2,14): sepulcro místico que se convierte en cuna de nueva vida; la oculta «en el secreto de su rostro», *in abscondito faciei suae* (Cf. Ps. 30,21); la hace habitar en el silencio, para que, recogida, pueda más fácilmente oír su voz y aguardar únicamente a su Esposo. Nuestro Señor le da a esta alma la Regla, que a cada instante traduce su voluntad; para iluminarla le da las sagradas Escrituras que cuentan su vida y revelan su amor; y le da a su Iglesia por madre, le confía la misión de la alabanza para que la voz de la esposa resuene con dulzura en sus oídos»: *Sonet vox tua in auribus meis, vox enim tua dulcis* (Ct. 2,14) hace revivir para ella todo el ciclo de sus misterios y le confiere la soberana virtud que en ellos se contiene, por medio de los sacramentos: unos y otros son medios que sirven al Esposo para establecer, defender, mantener y afianzar el amor y la fidelidad de la elegida.

Pero sobre todo el Verbo se da a Sí mismo en la comunión eucarística: este banquete es el de la unión por excelencia, porque Cristo es a un mismo tiempo el Esposo, el huésped y el alimento. La comunión es el medio más eficaz para que el alma realice la perfección del estado de esposa del Verbo.

Hemos dicho que la virgen para complacer al Esposo celestial debe desprenderse de las criaturas y de sí misma custodiando celosamente su consagración virginal.

La Eucaristía es «el alimento de los elegidos y el vino que engendra vírgenes»: *Fruentum electorum, vinum germinans virgines* (Zac. 9,17). Es verdad que la comunión santifica directamente

al alma: la Eucaristía es en primer término un alimento de vida espiritual; pero en nosotros el alma está tan estrechamente unida al cuerpo; hay entre estos dos elementos una unidad tan substancial, que la comunión, al elevar el alma hacia la cima del amor divino, apacigua los ardores de la concupiscencia y la aparta de las alegrías sensibles y vanas. Más de una vez en sus oraciones, después de la comunión la Iglesia pide que este alimento sagrado tenga por efecto hacernos «despreciar los placeres terrenos y amar los bienes celestiales» (Dom. II Advent.; Dom. IV pos Epiph. Poscomunión: Munera tua nos, Deus a delectationibus terrenis expellant.). La comunión al inflamar el amor de Dios reafirma la voluntad en la resolución de evitar todo lo que podría separarla del servicio del Esposo.

Estos fuertes y suaves efectos del sacramento del altar son los que celebramos en el oficio de Santa Inés, de quien la Iglesia toma estas palabras: «Su cuerpo se ha unido al mío, canta la virgen esposa de Cristo, su sangre es el adorno de mis mejillas, su amor me hace casta, su contacto me purifica, su venida sella mi virginidad»: Cum amavero casta sum, cum tetigero munda sum, cum accepero virgo sum (Responsorium III, ad. matutin. Importaría poco que estas palabras no fuesen históricas; el hecho de que la Iglesia las haya adoptado demuestra suficientemente su sentir en lo que respecta a la doctrina expuesta).

La comunión hace sobre todo «que el alma se una al Verbo»: éste es uno de sus principales frutos. ¿Acaso Nuestro Señor mismo no nos dijo: «Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en Mí y Yo en él»? Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet et ego in illo (Jn. 6,57). ¿Qué unión más grande y más profunda podemos imaginar acá abajo? La palabra «permanece», ¿no indica todo lo que hay de más íntimo y más estable? ¿Y la expresión intencional, de reciprocidad inmanente (In me manet et Ego in illo) no entraña un intercambio de complacencias y de mutuas promesas y donaciones? Nada mejor para dar firmeza a la fidelidad que la comunión bien hecha; la virgen encuentra en ella el secreto para permanecer fuerte y generosa, dispuesta a seguir por todas partes al Esposo divino. Sin duda alguna «observando los preceptos» se permanece en el amor a Cristo. Si praecepta mea servaveritis manebitis in dilectione mea (Jn. 15,10).

Haciendo permanecer al alma en el amor del Verbo, la unión eucarística la hace vivir «por el Verbo y para el Verbo»: Verbo vivere. Jesucristo nos lo dice categóricamente: «Así como el Padre, que me ha enviado vive, y Yo vivo por el Padre, así también, quien me come, vivirá por mí» (Jn. 6,58). ¿Será preciso repetirlo? Al Verbo le viene todo del Padre; el Padre tiene su vida en Él, pero comunica a su Hijo, al Verbo, el poseer esta plenitud de vida infinita, y el Verbo no se encarna sino para dárnosla. Nos la da en el bautismo con la fe y la gracia; pero sobre todo renueva, más abundantemente; abundantius (Ibid. 10,10), esta donación en el banquete eucarístico.

Él es el pan de vida que da la vida; que hace producir frutos de vida, de suerte que el alma, viviendo por Cristo, vive también para Él. Al venir al alma, Cristo Jesús la atrae de tal modo a sí; establece entre sus pensamientos, sus sentimientos, sus deseos, sus querer y los nuestros tal unión que, si no contrariamos su acción, nos transforma en Él, como el fuego hace pasar sus propiedades al leño que consume, lo que hace decir a San Bernardo: «Nos transformamos en Cristo, cuando nos conformamos a Él»: Transformamur cum conformemur.

Tal estado constituye realmente el apogeo de la unión. Cuando uno ama verdaderamente, quiere identificarse con el objeto amado; quisiera hacerlo entrar dentro de sí, penetrar dentro de él, y hacerlo parte de su propio ser. En el amor humano quedan frustrados estos anhelos; en el amor divino, omnipotente, se realizan plenamente. Después de haber recibido a Cristo en la comunión, la virgen puede exclamar como la esposa del Cantar: «Mi Amado es mío y yo soy de mi Amado»: Dilectus meus mihi et ego illi (Ct. 2,1. A este respecto, conviene leer las bellas y enérgicas páginas de Bossuet: Meditaciones sobre el Evangelio). Pálido reflejo de la maravillosa realidad que hemos visto en la unión del Verbo y la santa humanidad, en Jesucristo.

De modo que la comunión frecuente y dignamente recibida, conduce necesariamente a establecer en el alma el reino del Verbo: Verbo se regere. Cristo no permanece en nosotros sino para hacernos obrar en todas las cosas con Él, a la luz de su verdad, por consejo de su sabiduría, bajo el impulso del Espíritu Santo: este es el fruto supremo y el secreto, a la vez, de la unión perfecta *.

* «Después de lo que acabamos de manifestar sobre los efectos maravillosos que produce la Sagrada Comunión en las almas, esposas del Verbo por la Consagración religiosa, no resultará extraño que, en el orden propiamente místico, desempeñe un papel sensible en la realización del matrimonio espiritual. Muy frecuentemente durante la comunión Eucarística, el Verbo celebra con el alma estas divinas nupcias y sella este divino contrato de manera sensible y tangible; la unión sacramental viene a ser entonces el medio y el símbolo de una alianza íntima e indisoluble» (Mons. Fargos).

En la Comunión recibimos el cuerpo y la sangre de Cristo; pero la naturaleza humana en Jesús ¿no es el camino para ir al Verbo? El Verbo es «el esplendor y el brillo sin límites de la gloria del Padre»: splendor gloriae (Hb. 1,3), y sería imposible sostener el resplandor infinito de su Majestad.

El Verbo es también «horno de amor cuyos ardores no podríamos soportar» (Is. 33,14). Pues ¿qué medio ha escogido Él mismo para venir a nosotros y unirnos a Él? «Veló» su gloria bajo la naturaleza humana, a fin de que nuestros ojos débiles y nuestros corazones pusilánimes pudieran acercarse y encontrar en Él la salud y la vida. ¿No es eso lo que dice la esposa del Cantar? «Me he sentado a la sombra de Aquel que es el objeto de mis deseos»: Sub umbra illius quem desideraveram sedi (Ct. 2,3). Esta «sombra» es la santa humanidad de Jesús; el alma se refugia bajo esta sombra que, porque lo oculta y lo revela al mismo tiempo, le permite contemplar al Verbo aproximarse a Él, ponerse en contacto con Él, gozar de Él.

Más de una vez en el curso del año litúrgico, la Iglesia pone en nuestros labios estas palabras: «Que la humanidad de tu Unigénito, oh Señor, nos socorra»: Unigeniti tui, Domine nobis succurrat humanitas (Secreta de la Misa de la Visitación, y de la Natividad de la Santísima Virgen). ¡Cuán necesario es este socorro al alma que desea entrar en el santuario de la intimidad del Verbo! La humanidad de Jesús nos lleva al Verbo, y por Él entramos «en el seno del Padre»: in sinu Patris (Jn 1,18). Por la fe y el amor el alma penetra en los esplendores eternos. Una vez introducida en el santo de los santos, que es la mansión natural de su Esposo divino, ella puede dejarse llevar por las efusiones de su amor; puede emplear una santa osadía llena de reverencia, y expresar al Esposo el deseo de embriagarse en sus delicias: Osculetur me osculo oris sui (Ct 1,1). Y su confianza es recompensada: recibirá del Esposo las comunicaciones más íntimas y más suaves, «pues el fruto de su amor es de una dulzura infinita»: Et fructus ejus dulcis gutturi meo (Ct. 2,3).

VII. -Maravillosa fecundidad de la esposa del Verbo

San Bernardo señala la fecundidad como la mayor perfección de la condición de esposa del Verbo. –Cuán admirable es esta fecundidad de la Virgen unida a Cristo. –La influencia de la esposa del Verbo sobre la Iglesia entera. –Exhortación final: invitación a la vida de unión, preludio de las bodas eternas del Cordero.

Cuando un alma emplea con fervor los numerosos y admirables medios que Nuestro Señor ha instituido y que pone cotidianamente a nuestra disposición para atraernos hacia Él, cuando se une cada día a Cristo con las disposiciones exigidas de fe, de confianza, de generoso amor, produce numerosos frutos y alcanza esta sobrenatural fecundidad que San Bernardo señaló como la suprema

perfección de la condición de esposa: «Concebir del Verbo lo que debe producir, para Él»: De Verbo concipere quod pariat Verbo.

¿Qué quieren decir estas palabras? «Concebir del Verbo», es emprender todas las cosas por la gracia del Verbo y bajo el impulso de su amor; «producir para el Verbo», es dar frutos para su gloria.

Esta es la obra de la verdadera esposa. Desprendida de las criaturas y de sí misma, debe vivir unida al Verbo dejándose dirigir en todo por Él; que no haya en ella ni pensamiento, ni sentimiento, ni deseo, ni querer, ni acción, ni diligencia, que no se derive de Él, no dependa de su gracia, no dimane del amor; y es de ahí de donde nace la fecundidad de la esposa: pues «Aquel que permanece en Mí, dijo Jesús, y yo en él, produce numerosos frutos»: Qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum (Jn. 15,5).

«Del Verbo es de quien hay que concebir». Recordemos, en efecto, que esta unión con el Verbo es de origen divino, tanto por el fin a que nos liga como por el principio que la produce en nosotros: ninguna fuerza natural, ninguna industria humana puede realizarla. «Todo lo que nace de la carne es carne», escribe San Juan. ¿Qué quiere decir con esto?... Que todo lo que se deriva de la sola naturaleza, de la sola razón, pertenece al dominio puramente natural; «lo que es carne no sirve de nada», no alcanza la proporción requerida para ser digna del Verbo, no tiene fecundidad sobrenatural: Quod natum est ex carne, caro est (Jn. 3,6); caro non prodest quidquam (Ibid. 6,64).

¿Qué es lo que fecunda sobrenaturalmente nuestras acciones, les da la vida y las hace gloriosas para Dios? Es el Espíritu Santo: Quod natum est ex Spiritu, Spiritus est (Ibid. 3,6) y sólo Él vivifica: Spiritus est qui vivificat (Ibid. 6,64).

Entonces, ¿cómo nos une el Espíritu al Verbo? Por la gracia y la caridad. «Él derrama en nuestros corazones la caridad de Dios» (Cf. Rom. 5,5), y por su acción concebimos del Verbo. Del Espíritu Santo fue concebido Jesucristo en el seno de la Virgen y también de la gracia y amor del Espíritu Santo procede toda la fecundidad de nuestras obras. Los elementos esenciales de la fecundidad sobrenatural de nuestras acciones son la gracia santificante y la pureza de intención, la cual nace del amor que el alma profesa al Esposo, y del deseo de «complacerlo en todas las cosas»: Quae placita sunt ei facio semper.

De tal manera, esta fecundidad es admirable, mucho más maravillosa que la de las uniones de la tierra. Cada obra sobrenatural, cada acto de virtud de una virgen así unida a Cristo, enriquece el caudal de la gracia y el tesoro de la gloria, aumenta sus méritos y perfecciona su belleza. Así el alma «va de virtud en virtud» (Ps. 83,8): el progreso interior que la acerca más y más al término de las nupcias eternas es progresivo e incesante.

Su esplendor aumenta igualmente a medida que se acerca al divino centro de toda perfección; es imposible descubrir este esplendor que transporta al Esposo mismo: «¡Qué bella eres, oh esposa mía!»: quam pulchra es! (Ct. 4,1). Él busca esta belleza: «Muéstrame tu rostro, ¡oh amada!»: Ostende mihi faciem tuam, «pues su rostro está lleno de encantos»: Facies tua decora! (Ct. 2,14). «Te pareces a un palmar, y dije: iré al palmar y tomaré sus frutos» (Id. 8,7-8), me deleitaré en las virtudes cuya fuente es mi gracia.

Santa Catalina de Sena pudo un día contemplar la belleza de un alma que, después de haber pecado, acababa de recobrar la gracia santificante; y declaró que era impotente para pintar el resplendor maravilloso de esta alma. ¿Qué decir de una virgen consagrada al Señor y cuya vida toda ha sido bañada por los rayos del Sol de justicia, cuyos caminos han sido iluminados por la eterna Sabiduría del Verbo divino? Sólo los ángeles pueden admirarla: «¿Quién es aquella que sube del desierto» – del desierto de su propia pobreza–, que sube como una columna de humo que exhala mirra, incienso y todo género de perfumes; cubierta de delicias porque está apoyada sobre el Amado?: Deliciis affluens, innixa super dilectum suum? (Id. 8,9).

Pero el alma atribuye todas estas riquezas, todo este esplendor, al Esposo, que es su principio.

Parit Verbo. Al vivir en la verdad, iluminada por la sabiduría, sabe que el Esposo obra en ella; llena de humildad, como la Virgen bendita y única que concibió al Verbo divino en su seno inmaculado, la esposa hace subir hasta la gloria del Verbo, todo lo que de Él ha recibido, todo lo que, con su gracia y su amor, ha concebido de Él: «Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador», Magnificat anima mea Dominum (Lc. 1,16).

No solamente el alma puede regocijarse con las obras que el Señor ha obrado en ella, sino que su vida toda de unión con Jesús, extendiendo su influjo mucho más allá del «jardín cerrado» (Ct. 4,12) al que el Esposo la ha conducido, irradia sobre la Iglesia entera.

Nuestro Señor dio a entender a Santa Catalina de Sena esta verdad: «¡Oh, cuán dulce es esta morada [la del alma en el Verbo], dulce sobre toda dulzura, en la perfecta unión del alma conmigo! La voluntad misma no es ya intermediaria en esta unión entre el alma y Yo porque se ha hecho conmigo una sola cosa». Y como si una vez expuestos los principios se sucedieran inmediatamente las conclusiones, añade: «Por todas partes, a través del mundo, se esparce como un perfume el fruto de sus humildes y constantes oraciones. El incienso de su deseo sube hasta Mí en súplica incesante por la salvación de las almas. Es una voz sin palabra humana que siempre clama delante de mi Divina Majestad» (Diálogo. Tratado de las lágrimas, cap. IX).

Los que vivimos en la fe ¿nos vamos a admirar de un poder tan grande? ¿Acaso Dios no es el único guardián de la ciudad de las almas, el único sostén del edificio de la Iglesia? ¿No tiene el Verbo entre sus manos los destinos inmortales de las almas? ¿Y no es Él, para todo hombre que viene a este mundo, el único camino, la sola verdad, la vida verdadera? ¿Y de qué crédito, de qué poder gozará el alma para con Él? Es todopoderosa ante el Corazón de su divino Esposo, porque conoce los caminos de este Corazón sagrado y su vida toda es un llamamiento perenne a las gracias y a las bendiciones del Señor en favor de su pueblo. *

* Este celo apostólico por la gloria del Esposo y la santificación de las almas es, en el orden propiamente místico, uno de los principales efectos del matrimonio espiritual. Santa Teresa insiste en términos particularmente claros. (Véase Castillo Interior, 7ª morada, c. IV).

Ved ya en el Antiguo Testamento el crédito de las almas santas ante el Corazón de Dios. En tiempo de Abraham, le era suficiente la presencia de diez justos en Sodoma para que fuera perdonada esta ciudad tan culpable (Gen. 18,32). En el Sinaí, la sola oración de Moisés salva al pueblo del castigo de la justicia divina. Moisés acaba de recibir de manos del Señor, sobre la montaña, las tablas de la Ley y va a descender hacia los campamentos de Israel.

En ese instante Dios le revela la iniquidad de su pueblo que adorando los ídolos ha provocado su cólera: «Déjame, concluyó el Señor, que ejerza mi justicia sobre aquella muchedumbre»: Dimitte me! «¡Déjame!» Dios parece temer, por así decirlo, que las súplicas de Moisés le arranquen el perdón. Y es eso precisamente lo que ocurre: Moisés alza los brazos en favor de Israel, recuerda a Dios todas sus promesas y le ruega que detenga su cólera. Y el texto sagrado agrega: «El Señor se apaciguó y no azotó al pueblo con el castigo con que lo había amenazado»: Placatusque est Dominus (Ex. 32,7-14). Moisés había salvado a los Israelitas culpables. En esta lucha misteriosa triunfó de la ira divina, porque era agradable a Dios, y Él mismo le hablaba, dice la Escritura, «como un amigo a otro amigo» (Ex. 32,11).

Si esto ocurría bajo la ley del temor, ¿qué será bajo la ley del amor, en que por la Encarnación todos los miembros del cuerpo místico de Cristo son solidarios los unos de los otros? Entonces, aun cuando un alma no sea llamada por vocación especial a las obras exteriores, y permanezca solitaria sobre la montaña, sea siempre la «fuente sellada» (Ct. 4,12) del Esposo, y lleve la vida pura de unión, ejercerá en el mundo sobrenatural una influencia considerable. Ejemplos tenemos en la fecundidad de la vida de una santa Gertrudis, de una santa Catalina de Sena, de una santa Teresa. El

Esposo satisfizo los deseos de estas almas porque sus voluntades estuvieron enteramente unidas a la suya: *Voluntatem timentium se faciet* (Ps. 144,19).

Sabemos con qué infinita condescendencia Cristo Jesús se complacía en oír las oraciones de santa Gertrudis, qué poder, en cierto modo soberano, le confería: «He reunido en tu alma, le decía, como un tesoro, las riquezas de mi gracia, a fin de que todos encuentren en ti lo que quieren buscar. Serás como una esposa que conoce los secretos de su esposo y que, después de haber vivido largo tiempo con él, sabe adivinar su voluntad». *

* El Heraldo del Amor Divino, L. 1, cap. XVII. Un día Jesucristo dijo a santa Gertrudis: «Dame tu corazón». La santa se lo ofreció con alegría y le pareció que el Señor lo llenaba con las efusiones de su Bondad. Cristo le dijo de inmediato: «En adelante me serviré con gusto de tu corazón. Será el canal que, de la fuente que brota de mi Corazón Sagrado, esparcirá las fuentes de mi divino consuelo sobre todos aquellos que recurren a ti con fe y humildad» Ibid. L.3 cap.LXVII. Ver también L.1 cap.XIV y sobre todo L.3, cap.XXXIII. La vida de esta gran religiosa muestra cómo la santa usaba frecuentemente de su poder en favor de todos aquellos que recurrían a ella.

Lo que acabamos de exponer, revela uno de los aspectos más profundos del dogma de la comunión de los santos. A medida que un alma, de la categoría privilegiada de que hablamos, se va acercando a Dios, autor y principio de todos los dones que adornan y regocijan los corazones, se va haciendo cada vez más benéfica a sus hermanos. ¡Cuántas gracias puede solicitar y obtener del Esposo para la Iglesia entera! ¡Cómo colabora eficazmente en la conversión de los pecadores, en la perseverancia de los justos, en la salud de los agonizantes y en la entrada de las almas del purgatorio a la bienaventuranza de los cielos! ¡Qué maravillosa fecundidad la suya! La fecundidad de la naturaleza es limitada, ésta no tiene medida.

De esta alma se desprende como un reflejo que irradia; los que se le acercan quedan como saturados «del buen olor de Cristo» (2 Cor. 2,15); se desprende de ella como una virtud divina para tocar las almas, obtenerles el perdón, ayudarlas, consolarlas, fortificarlas, levantarlas, pacificarlas, regocijarlas y hacerlas dilatar para gloria de su Esposo; pues el Verbo vive en ella y por lo tanto no puede estar jamás inactivo, y como su acción es amor, por medio de esta alma ilumina, vivifica y salva los corazones. Es su verdadera cooperadora en la redención. No se puede medir el alcance de tal acción, ni la extensión de tal fecundidad. Esta acción es como la de las nieves que cubren las altas cimas, y que, como se encuentran más cerca para recibir los rayos del sol, se funden y se convierten en aguas vivas que fecundizan los valles y las praderas.

Dios sólo sabe con certeza el poder de acción del alma que Él ha elegido. Los que no están iluminados por la luz de la fe, no comprenden nada de estas realidades invisibles; se imaginan que las almas retiradas del mundo son inactivas y estériles para el reino de Dios; sus preferencias son para aquellas que se dedican a las tangibles obras exteriores. Ciertamente tales obras son necesarias, indispensables, explícitamente deseadas por el Cielo y reclamadas por la Iglesia. Pero ¿quién les da fecundidad? Sólo Dios. «He sembrado la planta, escribe San Pablo, Dios la ha hecho crecer»: *Deus incrementum dedit* (Cf. 1Cor 3,6); «Si el Señor no es el que edifica la casa, en vano se fatigan los que la fabrican» (Ps. 126,1).

Por regla general Dios no da en el orden de su providencia este progreso sino mediante una ardiente oración acompañada de la pureza de vida; ¿no era éste el apostolado que proponía santa Teresa a sus hijas al instituir el Carmelo? Así pues, si realmente vivís esta vida de unión con el Verbo, vida que es el resultado normal de vuestra vocación, ¿qué no podréis obtener para la salud y la santificación de las almas!...

Y si esto es verdad hablando de sólo una virgen que se entrega a complacer a su Esposo, ¿qué decir del poder sobrenatural de un monasterio donde todos viven en un generoso y constante olvido de sí mismos, en una donación absoluta de su ser a Dios, en una unión permanente con Jesucristo? ¡Cuán incalculable es el poder de tal comunidad en el mundo de las almas! ¡Cuán incesante reparación por

los crímenes de la tierra siempre renovados! ¡Cuán fecunda fuente de luces y de gracias para la Iglesia de Cristo! ¡Qué manantial de alegrías para el corazón del Esposo! ¡Cuán pura gloria para el Padre! *

* «La Iglesia ha hecho una montaña santa del estado de la virginidad, montaña donde la gracia se acumula, montaña donde gusta Dios habitar. De allí es de donde se esparce una gran parte de los dones que da a la sociedad cristiana para reconfortarla en las luchas cotidianas del bien contra el mal; de ahí sale el eterno Miserere que detiene la cólera divina. Sin la compensación de las oraciones de las vírgenes, la sociedad viviría continuamente atormentada por la Justicia Divina» (Monsabré, Conferencias de Notre-Dame, Cuaresma de 1877). San Gregorio mostraba ya a las vírgenes santas de Roma protegiendo ellas solas, por decirlo así, durante varios años a la ciudad angustiada contra los Lombardos invasores (Epístola 26. Lib.VII).

Vivid pues de estas verdades. Tened un vivo y constante deseo de alcanzar este bienaventurado estado y de participar del ardiente celo que devoraba el Corazón del Verbo Encarnado por la gloria de su Padre y la santificación de las almas. Tratad de realizar este ideal, indudablemente elevado, pero que es el término normal y natural, si no obligado, de vuestra admirable vocación. No os limitéis a ser religiosas correctas que guardan exactamente la observancia externa; sin duda es éste un requisito indispensable, mas no es sino la corteza de la vida religiosa.

Tampoco os baste con ser almas piadosas, pero de ambiciones demasiado limitadas, fáciles de satisfacer: tal existencia no responderá ni al amor especial de Dios manifestado por vuestra vocación, ni a la grandeza de las promesas que le habéis formulado, ni a la altura de los deberes que Él reclama de sus esposas, ni a la abundancia de los favores con que la colma. Aspirad incesantemente, con el socorro de la gracia y por medio de una vida humilde y de generosa fidelidad, a la altura de íntima unión que Nuestro Señor quiere contraer con vuestras almas: esto es cuanto Él espera de vosotras y no hay nada que agrade más a su Sagrado Corazón.

Si os esforzáis por vivir esta vida de unión, realizaréis el fin de vuestra sublime vocación y alcanzaréis el fin supremo de la vida religiosa: El alma así preparada podrá oír sin espanto, «en medio de la noche», la voz que anunciará la aparición del Esposo: «¡He aquí que el Esposo viene! Id a su encuentro» (Mt. 25,6). O más bien será el Esposo mismo quien dejará oír su voz: «¡Levántate, ven prontamente! Ven del Líbano, esposa mía; ven, vas a ser coronada»: Veni, sponsa mea, veni de Libano, veni: coronaberis * (Ct. 4,8).

* He aquí en qué términos reveló Nuestro Señor a Santa Matilde cómo introduce a las vírgenes al cielo: «Desde que se anuncia, ¡he aquí a una virgen!, todas las dignidades del Cielo se estremecen de alegría... Yo mismo me apresuro a levantarme e ir hacia ella llamándola con esas palabras: «Ven, amiga mía, esposa mía, ven a recibir la corona». Y mi voz tiene entonces tal amplitud que resuena en todo el Cielo... Al llegar ante Mí, la virgen se mira en mis ojos y Yo me miro en los suyos como en un espejo. Nos contemplamos así el uno en el otro con arrobamiento. Después en amoroso abrazo me imprimo en ella y la penetré de mi Divinidad entera». (El libro de la gracia especial, I, II, cap. XXXVI).

«Pasó ya el invierno, disipáronse y cesaron las lluvias, ha llegado el tiempo de cantar» (Ct. 2,11-12), el tiempo de los cánticos eternos... de los cuales uno, sólo las vírgenes pueden entonar, y cuya inagotable y misteriosa dulzura sólo ellas pueden gustar *; a ellas les están reservadas delicias inefables; por haber abandonado todo aquí abajo para unirse únicamente a Cristo, con la fidelidad virginal de un amor sin reservas y exclusivo, adquirieron el privilegio de «seguir al Cordero de los Cielos donde quiera que vaya: Quocumque ierit... (Apoc. 14,4).

* Et nemo poterat dicere canticum nisi... qui empti sunt de terra... virginis enim sunt. Apoc. 14,1-5. Gaudia virginum... A caeterorum ómnium gaudiorum sorte distincta... Gaudia propria virginum Christi non sunt eadem non virginum, quamvis Christi. (San Agustín, de Santa Virginitate, cap. XXXVII, n. 27).

Y el esposo y la esposa se llaman mutuamente: «Ven» (Apoc. 22,17).

Gloria tibi, Domine, qui natus es de Virgine!